

Se levantó al amanecer y salió al patio para echar su primera mirada a Alejandría, la ciudad que aún no había visto. Este año las cinco ciudades eran Chang-an, Asgard, Nueva Chicago, Tombuctú y Alejandría: la mezcla de épocas, culturas y realidades habitual. Él y Gioia, tras efectuar el largo vuelo desde Asgard, en el distante norte, la noche anterior, habían llegado tarde, mucho después de la puesta del sol, y se habían ido directamente a la cama. Ahora, a la suave luz color melocotón de la mañana, las orgullosas torres y almenas de Asgard parecían simplemente algo que habían soñado.

De todos modos, corría el rumor de que el momento de Asgard había terminado. Había oído decir que dentro de poco iban a desmantelarla y reemplazarla, en algún otro lugar, por Mohenjo-daro. Aunque nunca había más de cinco ciudades, éstas cambiaban constantemente. Podía recordar una época en la que habían tenido la Roma de los Césares en vez de Chang-an. y Río de Janeiro en vez de Alejandría. Esa gente no veía ninguna utilidad en mantener algo durante mucho tiempo.

No le resultaba fácil ajustarse a la bochornosa intensidad de Alejandría después de los helados esplendores de Asgard. El viento, procedente del mar, era fuerte y tórrido a la vez. Suaves olas color turquesa lamían los espigones. Fuertes presencias asaltaban sus sentidos: el cálido y pesado cielo, el pungente olor de la rojiza arena de los bajíos arrastrado por la brisa, el sombrío aroma pantanoso del cercano mar. Todo temblaba y rielaba a la temprana luz. Su hotel estaba magníficamente situado, en la parte alta de la ladera norte del enorme montículo artificial conocido como el Paneium, consagrado al dios con pies de macho cabrío. Desde allí tenían uña vista total de la ciudad: los amplios bulevares nobles, los altos obeliscos y monumentos, el palacio de Adriano en la parte baja de la colina, la solemne y maravillosa Biblioteca, el templo de Poseidón, la atestada plaza del mercado, el pabellón real que había construido Marco Antonio después de su derrota en Actium. Y por supuesto el Faro, el sorprendente Faro con sus numerosas ventanas, la séptima maravilla del mundo, esa inmensa columna de mármol y piedra caliza y granito rojo-púrpura de Asuán alzándose majestuoso al extremo de su calzada de más de un kilómetro de largo. El negro humo del fuego en su cima trazaba perezosas volutas en el cielo. La ciudad estaba despertando. Aparecieron algunos temporeros con cortos faldellines blancos y empezaron a recortar los densos y oscuros setos que bordeaban los grandes edificios públicos. Unos cuantos ciudadanos con amplias ropas de estilo vagamente griego empezaron a recorrer las calles.

Había fantasmas y quimeras y ensueños por todas partes. Dos esbeltos y elegantes centauros, macho y hembra, pastaban en la ladera de la colina. Un robusto espadachín de recios muslos apareció en el porche del templo de Poseidón, aferrando la cercenada cabeza de una gorgona; la agitó en un gran arco, sonriendo ampliamente. En la calle

de debajo de la puerta del hotel, tres pequeñas esfinges rosas, no mayores que gatos domésticos, se desperezaron y bostezaron y empezaron a merodear junto al bordillo de la acera. Otra más grande, del tamaño de un león, las observaba cautelosamente desde un callejón: su madre, sin duda. Incluso a aquella distancia podía oír su sordo ronroneo.

Protegiéndose los ojos con la mano, miró más allá del Faro, al otro lado del agua. Esperaba ver las imprecisas orillas de Creta o Chipre al norte, o quizá la gran curva oscura de Anatolia. Llevadme hacia esa gran Bizancio, pensó. Donde todo es antiguo y canta al extremo de los remos. Pero sólo pudo ver el interminable mar vacío, iluminado cegadoramente por el sol de primera hora de la mañana. Nada era nunca como esperaba que fuese. Los continentes no parecían estar ya en sus lugares correctos. Gioia, hacía mucho tiempo, lo había llevado en su pequeño aleteador y se lo había mostrado. La punta de Sudamérica estaba muy inclinada hacia el Pacífico; África se mostraba extrañamente reducida de tamaño; una lengua de océano separaba Europa y Asia. Australia no parecía existir. Quizá la habían excavado por completo y la habían empleado para otras cosas. No había rastro del mundo que una vez había conocido. Éste era el siglo L.

-¿El siglo L después de qué? -había preguntado varias veces, pero nadie parecía saberlo, o nadie se preocupaba de decirlo. -¿Es muy hermosa Alejandría? -preguntó Gioia desde dentro. -Sal y míralo tú misma.

Desnuda y con aire soñoliento, salió al patio de blancas losas y se acurrucó junto a él. Encajaba perfectamente bajo su brazo. -¡Oh, sí, sí! -dijo con voz suave-. Es tan hermosa, ¿verdad? ¡Mira allí, los palacios, la Biblioteca, el Faro! ¿Dónde iremos primero? Al Faro, supongo. ¿Sí? Y luego a la plaza del mercado, quiero ver a los magos egipcios..., y al estadio, las carreras..., hoy habrá carreras, ¿verdad? ¡Oh, Charles, quiero verlo todo! -¿Todo? ¿Todo el primer día? -Todo el primer día, sí -dijo ella-. Todo. -Pero tenemos mucho tiempo, Gioia. -¿Lo tenemos?

Él sonrió y la apretó fuertemente contra su costado. -El tiempo suficiente -dijo con suavidad. La amaba por su impaciencia, por su burbujeante ansiedad. Gioia no se parecía en nada a los otros en ese aspecto, aunque fuera idéntica en todos los demás. Era bajita, esbelta, elástica, de ojos negros, piel olivácea, caderas estrechas, hombros amplios y músculos planos. Todos eran así, cada uno indistinguible de los demás, como una horda de millones de hermanos y hermanas..., un mundo de pequeños, ágiles, infantiles mediterráneos, nacidos para la manipulación, el charloteo, el vino blanco dulce al mediodía y el vino negro fuerte por la noche. Todos tenían el mismo cuerpo elástico, la misma boca ancha, los mismos grandes ojos brillantes. Nunca había visto a ninguno que pareciera ser más joven de doce años o mayor de veinte. Gioia era algo distinta, aunque no sabía decir exactamente cómo; pero sabía que era precisamente por esa imperceptible aunque significativa diferencia que la amaba. Y probablemente era por eso también que ella le amaba a él.

Dejó que su mirada vagara de oeste a este, descendiendo por la Puerta de la Luna a lo largo de la ancha calle Canopus hasta el puerto, deteniéndose finalmente en la tumba de Cleopatra, en la punta del largo y esbelto cabo Lochias. Todo estaba allí, y todo perfecto: los obeliscos, las estatuas y las columnatas de mármol, los patios y los templos y los jardines, el propio Alejandro en su ataúd de cristal y oro: una espléndida y resplandeciente ciudad pagana. Pero había incongruencias: una inconfundible mezquita cerca de los jardines públicos, y lo que parecía ser una iglesia cristiana no muy lejos de la Biblioteca. Y aquellos barcos en el puerto, con todas esas velas rojas y altos palos.... seguro que eran medievales, del fin del medioevo incluso. Había visto los mismos anacronismos antes, en otros lugares. Indudablemente esa gente los hallaba divertidos. La vida era un juego para ellos. Jugaban incesantemente a él. Roma, Alejandría. Tombuctú.... ¿por qué no? ¿Crear una Asgard de translúcidos puentes y resplandecientes palacios de hielo, luego cansarse de ella y eliminarla? ¿Reemplazarla por Mohenjo-daro? ¿Por qué no? Por su parte le parecía una gran lástima destruir esos soberbios salones de fiesta nórdicos en beneficio de una ciudad achaparrada de ladrillo rojo, brutal y requemada por el sol; pero esa gente no veía las cosas del mismo modo que él. Sus ciudades eran sólo temporales. Alguien en Asgard había dicho que Tombuctú sería la siguiente en caer, y que Bizancio se alzaría en su lugar. Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no? Podían tener cualquier cosa que quisieran. Aquél era el siglo L, después de todo. La única regla era que no podían existir más de cinco ciudades a la vez. -Los límites -le había informado solemnemente Gioia cuando viajaron juntos por primera vez- son muy importantes. -Pero no sabía por qué, o no le importaba. Miró de nuevo hacia el mar.

Imaginó una nueva ciudad recién nacida adquiriendo repentinamente solidez entre las brumas, allá a lo lejos, al otro lado del agua: brillantes torres, grandes palacios coronados por domos, mosaicos dorados. No representaría un gran esfuerzo para ellos. Les bastaría con hacerla surgir entera del tiempo, con el emperador en su trono y la ebria soldadesca del emperador alborotando por las calles, el resonar bronceo del gong de la catedral creando ecos por todo el Gran Bazar, los delfines haciendo sus cabriolas más allá de los pabellones de la orilla. ¿Por qué no? Tenían Tombuctú. Tenían Alejandría. ¿Queréis Constantinopla? ¡Pues ahí está Constantinopla! O Avalon. o Lyon, o Atlantis. Podían tener cualquier cosa que quisieran. Aquí es puro Schopenhauer: el mundo es voluntad e imaginación. ¡Sí! Esa esbelta gente de ojos oscuros viajando incansablemente de milagro en milagro. ¿Por qué no Bizancio a continuación? ¡Sí! ¿Por qué no? Este no es un país para los viejos, pensó. Los jóvenes en brazos los unos de los otros, los pájaros en los árboles..., ¡sí! ¡Sí! Cualquier cosa que quisieran.

Siempre lo habían tenido. De pronto se sintió asustado. Preguntas que no se había formulado desde hacía mucho tiempo surgieron bruscamente a su consciencia. ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es esa mujer que está a mi lado?

-Charles, de pronto te has quedado tan quieto -dijo Gioia, que no podía soportar mucho tiempo el silencio-. ¿Por qué no hablas conmigo? Quiero que hables conmigo. Cuéntame lo que estás buscando ahí fuera.

Se encogió de hombros.

-Nada.

-¿Nada?

-Nada en particular.

-Puedo ver que estás mirando algo.

-Bizancio -dijo él-. Estaba imaginando qué aspecto tendría mirar directamente al otro lado del agua y ver Bizancio. Estaba intentando captar un atisbo de las murallas de Constantinopla.

-Oh, pero no puedes ver hasta tan lejos desde aquí. De veras, no.

-Lo sé.

-Y de todos modos, Bizancio no existe.

-Todavía no. Pero existirá. Llegará su momento.

-¿De veras? -dijo ella-. ¿Lo sabes seguro?

-De buena fuente. Lo oí en Asgard. Pero aunque no lo hubiera oído, Bizancio sería inevitable, ¿no crees? Su momento ha de llegar. ¿Cómo podríamos pasarnos sin Bizancio. Gioia? Seguro que tendremos Bizancio. más pronto o más tarde. Sé que la tendremos. Es sólo cuestión de tiempo. Y disponemos de todo el tiempo del mundo.

Una sombra cruzó el rostro de ella.

-¿Lo tenemos? ¿Lo tenemos?

Sabía muy poco sobre sí mismo, pero sabía que no era uno de ellos. Eso lo sabía. Sabía que su nombre era Charles Phillips y que antes de empezar a vivir entre aquella gente había vivido en el año 1984, cuando existían cosas tales como ordenadores y aparatos de televisión y béisbol y aviones a reacción, y el mundo estaba lleno de ciudades, no solamente cinco sino miles de ellas. Nueva York y Londres y Johannesburgo y París y Liverpool y Bangkok y San Francisco y Buenos Aires y una multitud de otras, todas a la vez. Por aquel entonces el mundo tenía cuatro mil quinientos millones de

habitantes; ahora dudaba que tuviera más de cuatro millones y medio. Casi todo había cambiado más allá de cualquier comprensión. La luna seguía pareciendo la misma, y el sol; pero por la noche buscaba en vano las constelaciones familiares. No tenía la menor idea de cómo lo habían traído de entonces a ahora, o por qué. No servía de nada preguntar. Nadie tenía ninguna respuesta para él; nadie parecía comprender qué era lo que quería saber. Al cabo de un tiempo había dejado de preguntar; al cabo de un tiempo había dejado casi completamente de desear saber.

El y Gioia estaban subiendo al Faro. Ella iba delante, aprisa como siempre, y él la seguía con un paso mucho más tranquilo. Decenas de otros turistas, la mayor parte en grupos de dos o tres, subían también las amplias rampas de losas de piedra, riendo, llamándose entre sí. Algunos de ellos, al verle, se detenían un instante, señalaban. Estaba acostumbrado a aquello. Su estatura era tan superior a la de cualquiera de ellos; evidentemente, no formaba parte de ellos. Cuando le señalaban sonreía. A veces hacía incluso una breve inclinación de cabeza.

No pudo hallar nada de interés en el nivel inferior, una enorme estructura cuadrada de sesenta metros de alto construida de grandes bloques de mármol: dentro de sus frías y mohosas arcadas había centenares de pequeñas estancias oscuras, las oficinas de los cuidadores y mecánicos del Faro, los alojamientos de la guarnición, los establos de los trescientos mulos que transportaban el combustible al fanal de arriba. Nada de aquello le pareció invitador. Siguió adelante sin detenerse hasta que salió a la terraza que conducía al siguiente nivel. Allá el Faro se hacía más estrecho y empezaba a ser octogonal: su fachada, ahora de granito y de forma graciosamente aflautada, se alzaba en una imponente perspectiva sobre él.

Gioia le aguardaba allí.

-Esto es para ti -dijo, teniéndole un trozo de carne empalado en una brocheta de madera-. Cordero asado. Absolutamente delicioso. Comí un trozo mientras te esperaba. -Le tendió también un tazón de un helado sorbete de color verde, y se fue corriendo a comprar una granada. Docenas de temporeros iban de un lado para otro de la terraza, vendiendo refrescos de todas clases.

Dio un mordisco a la carne. Estaba muy hecha por fuera, sabrosamente rosada y jugosa por dentro. Mientras comía, uno de los temporeros se le acercó y contempló blandamente su rostro. Era un hombre robusto y musculoso que no llevaba más que un trozo de tela roja y amarilla enrollado en torno a su cintura.

-Vendo carne -dijo-. Cordero asado, estupendo, sólo cinco dracmas.

Phillips indicó el trozo que estaba comiendo.

-Ya tengo -dijo.

-Es una carne excelente, muy tierna. Ha estado tres días en adobo en jugo de...

-Por favor -dijo Phillips-, no quiero comprar carne. ¿Te importaría marcharte?

Al principio los temporeros le habían desconcertado e inquietado, y aún había mucho sobre ellos que no acababa de comprender. No eran máquinas -parecían criaturas de carne y hueso-, pero no parecían seres humanos tampoco, y nadie los trataba como si lo fueran. Suponía que eran construcciones artificiales, productos de una tecnología tan consumada que resultaba invisible. Algunos parecían más inteligentes que otros, pero todos se comportaban como si no tuvieran más autonomía que los personajes de una obra de teatro, y eso eran esencialmente. Había un número indeterminado de ellos en cada una de las cinco ciudades, representando todo tipo de papeles: pastores y porquerizos, barrenderos, comerciantes, barqueros, vendedores de carne asada y bebidas frescas, regateadores en los mercados, escolares, conductores de carros, policías, caballerizos, gladiadores, monjes, artesanos, prostitutas y rateros, marinos..., todo lo necesario para sustentar la ilusión de un centro urbano pulsante y populoso. La gente de ojos oscuros, la gente de Gioia, nunca realizaba ningún trabajo. No eran los suficientes para mantener una ciudad en funcionamiento, y en cualquier caso eran estrictamente turistas, que parecían flotar con el viento, iban de ciudad en ciudad según el viento les llevaba. De Chang-an a Nueva Chicago, de Nueva Chicago a Tombuctú, de Tombuctú a Asgard, de Asgard a Alejandría, hacia adelante, siempre hacia adelante.

El temporero no iba a dejarle en paz. Phillips se alejó y el hombre le siguió, acorralándolo contra una pared de la terraza. Cuando regresó Gioia, unos minutos más tarde, los labios seductoramente manchados con el jugo de la granada, el temporero seguía revoloteando aún a su alrededor, intentando venderle con lunática persistencia un trozo de cordero. Estaba casi pegado a él, nariz contra nariz, y sus grandes ojos tristes de vacuno le miraban intensamente mientras desgranaba con gimiente urgencia la calidad de lo que vendía. Phillips había tenido ya problemas semejantes con los temporeros en una o dos ocasiones anteriores. Gioia dio unos golpecitos en el codo a la criatura, y dijo con un tono seco que Phillips nunca la había oído usar antes:

-No está interesado. Vete. -Se marchó de inmediato. Volviéndose a Phillips, señaló:- Tienes que mostrarte firme con ellos.

-Lo estaba intentando. Pero no quería escucharme.

-¿Le ordenaste que se fuera, y se negó?

-Le rogué que se fuera. Educadamente. Quizá demasiado educadamente.

-Aún así, hubiera tenido que obedecer a un humano -dijo ella. -Quizá no pensó que yo

fuera humano -sugirió Phillips-. Por mi aspecto. Mi altura, el color de mis ojos. Tal vez pensó que yo también era una especie de temporero.

-No -dijo Gioia, y frunció el ceño-. Un temporero nunca intentará venderle nada a otro temporero. Pero tampoco desobedecerá nunca a un ciudadano. Hay unos límites muy específicos. Nunca puede producirse una confusión. No puedo comprender por qué siguió atosigándote. -Phillips se sintió sorprendido por lo turbada que parecía: mucho más, decidió, de lo que el incidente merecía. Un dispositivo estúpido, quizá desajustado de alguna forma, intentando vender sus productos con demasiado entusiasmo..., ¿y qué? ¿Qué significaba aquello? Al cabo de un momento, Gioia pareció llegar a la misma conclusión. Se encogió de hombros y dijo-: Supongo que debe tener algún defecto. Probablemente esas cosas son más frecuentes de lo que sospechamos, ¿no crees? -Había algo forzado en su tono que le preocupó. Ella sonrió y le tendió su granada-. Toma. Da un mordisco, Charles. Es maravillosamente dulce. Se habían extinguido, ¿sabes? ¿Seguimos subiendo?

La sección media del Faro, octogonal, debía tener más de cien metros de altura, un lóbrego y claustrofóbico tubo ocupado casi en su totalidad por las dos anchas rampas en espiral que ascendían y descendían en torno al enorme pozo central de la construcción. El ascenso era lento: un grupo de mulos avanzaba por la rampa un poco más adelante de ellos, cargado con leña para el fanal. Pero al fin, cuando ya Phillips estaba empezando a sentirse un poco mareado, él y Gioia alcanzaron la segunda terraza, la que señalaba la transición entre la sección octogonal y la parte superior del Faro, cilíndrica y muy esbelta.

Ella se apoyó en la balaustrada. -¡Oh, Charles, mira qué vista! ¡Mírala!

Era sorprendente. A un lado podían ver toda la ciudad, y el pantanoso lago Mareotis y la polvorienta llanura egipcia más allá, y al otro divisaban hasta muy lejos el grisáceo y agitado Mediterráneo. Phillips hizo un gesto hacia los innumerables arrecifes y bajíos que infestaban las aguas que conducían hasta la entrada del puerto. -No me sorprende que necesiten un faro aquí -dijo-. Sin ningún punto de referencia de gran tamaño, jamás serían capaces de hallar su camino desde mar abierto.

Un estallido de sonido, un feroz resoplar, brotó justo encima de él. Alzó la vista, sorprendido. Enormes estatuas de tritones sosteniendo trompetas surgían de las esquinas del Faro a aquel nivel; el resonante sonido había brotado de la más cercana de ellas. Una señal, pensó. Una advertencia a las embarcaciones que se aventuraban por aquel difícil paso. Observó que el sonido era producido por alguna especie de mecanismo accionado a vapor, manejado por un grupo de sudorosos temporeros apiñados en torno a grandes fuegos en la base de cada tritón.

De nuevo se sintió abrumado por la admiración ante la hábil forma en que aquella gente llevaba a cabo sus reproducciones de la antigüedad. Aunque, ¿eran realmente

reproducciones?, se preguntó. Aún seguía sin comprender cómo habían traído a la vida aquellas ciudades. Por todo lo que sabía, aquel lugar era la auténtica Alejandría, arrastrada hacia delante desde su propio tiempo del mismo modo que lo había sido él. Quizás aquél fuera el auténtico Faro original, y no una copia. No tenía la menor idea de cuál era el caso, y de todos modos el milagro seguía siendo el mismo. -¿Cómo se sube a la parte superior? -preguntó Gioia. -Por aquí, creo. Por esa puerta.

Las rampas en espiral para los mulos terminaban allí. Las cargas de combustible para el fanal seguían su ascensión por medio de un montacargas en el pozo central. Los visitantes seguían su camino por una empinada escalera, tan estrecha en su último tramo que era imposible dar la vuelta mientras se subía. Gioia, incansable, abría la marcha. Phillips se sujetó a la barandilla y siguió subiendo, contando las estrechas rendijas de las ventanas que iba pasando para matar el hastío de la ascensión. La cuenta llegaba ya a cien cuando finalmente alcanzó el vestíbulo de la cámara del haz del faro. Una docena o así de visitantes se apiñaban en ella. Gioia estaba al fondo, junto a la pared que se abría al mar.

Tuvo la impresión de que allí arriba podía sentir la estructura del edificio oscilar al viento. ¿A qué altura estaban? ¿A ciento cincuenta metros, a doscientos? La cámara del fanal era alta y estrecha, dividida por una pasarela elevada en dos secciones, una superior y otra inferior. Abajo, grupos de temporeros tomaban la leña del montacargas y la echaban en el llameante fuego. Sintió su intenso calor desde el lugar donde estaba, al borde de la plataforma sobre la que colgaba el gigantesco espejo de metal pulido. Lenguas de llamas ascendían lamientes y danzaban ante el espejo, que arrojaba su cegador haz hasta mar adentro. El humo escapaba por un respiradero. Como remate de la estructura había una colosal estatua de Poseidón, austera, feroz, gravitando sobre el fanal. Gioia avanzó por la plataforma elevada hasta situarse a su lado. -El guía estuvo hablando antes de que llegaras -dijo, señalando-. ¿Ves ese lugar ahí arriba, debajo del espejo? Alguien que se sitúe de pie allí y mire al espejo consigue ver los barcos en alta mar que no pueden verse desde aquí a simple vista. El espejo aumenta el tamaño de las cosas. -¿Tú crees eso?

Ella señaló al guía con la cabeza.

-Él lo dice. Y también nos dijo que si miras de ,una cierta manera, puedes ver directamente la ciudad de Constantinopla al otro lado del agua.

Es como un niño, pensó. Todos lo son. Murmuró: -Esta misma mañana me dijiste que no es posible ver hasta tan lejos. Además, Constantinopla no existe ahora.

-Pero existirá -respondió ella-. Tú me lo dijiste, esta misma mañana. Y cuando exista, será reflejada en el espejo del Faro. Ésa es la verdad. Estoy absolutamente segura de ello. -Se volvió bruscamente hacia la entrada de la cámara del haz-. ¡Oh, mira, Charles! ¡Ahí vienen Nissandra y Aramayne! ¡Y también Hawk! ¡Y Stengard! -Gioia se

echó a reír e hizo señas y los llamó-. ¡Hey, vosotros; ¡Todos!

Entraron apelotonados en la estancia, tantos recién llegados que algunos de los que ya estaban allí se vieron obligados a bajar por las escaleras del otro lado. Gioia avanzó por entre ellos, abrazando, besando. Phillips apenas podía distinguir los unos de los otros, incluso le resultaba difícil decir quiénes eran hombres y quiénes mujeres, vestidos como iban con el mismo tipo de ropas holgadas, pero reconoció algunos de los nombres. Eran sus amigos especiales, su grupo, con el que ella había viajado de ciudad en ciudad en un interminable y alegre tour en los viejos días, antes de que él entrara en su vida. Había sido presentado a algunos de ellos antes, en Asgard, en Río, en Roma. El guía de la cámara del haz, un viejo temporero rechoncho de amplios hombros con una corona de laurel sobre su calva cabeza, reapareció y empezó de nuevo su acostumbrado discurso, pero nadie le escuchaba; todos estaban demasiado atareados saludándose entre sí, besándose, riendo. Algunos se abrieron camino hasta Phillips y se pusieron de puntillas para rozar su mejilla con la yema de sus dedos, en aquel extraño saludo característico suyo.

-Charles -dijeron gravemente, pronunciando su nombre con dos sílabas separadas, como hacían a menudo: Char-less-. Qué alegría verte de nuevo. Qué placer. Tú y Gioia..., qué pareja maravillosa. Encajáis perfectamente el uno con el otro.

¿Encajaban? Suponía que sí.

La estancia zumbaba con conversaciones. Era imposible oír al guía. Stengard y Nissandra habían visitado Nueva Chicago para el baile acuático, Aramayne contó historias de una fiesta en Changan que había durado días, Hawk y Hekna habían estado en Tombuctú para ver la llegada de la caravana de sal y pronto iban a volver allá, no tardaría en celebrarse una fiesta de despedida para señalar el final de Asgard y no había que perdérsela, se hacían planes para la nueva ciudad, Mohenjo-daro -tenemos reservas para la inauguración, no nos la perderíamos por nada-, y sí, definitivamente iban a hacer Constantinopla después de todo, los planificadores estaban profundizando en sus investigaciones sobre Bizancio, qué alegría verte, luces tan hermosa como siempre, ¿has estado ya en la Biblioteca? ¿El zoo? ¿El templo de Serapis?...

-¿Qué piensas de nuestra Alejandría, Charles? -preguntaron a Phillips-. Por supuesto, debiste conocerla bien en tu tiempo. ¿Tiene el mismo aspecto de como la recuerdas? -Siempre estaban preguntando cosas así. No parecían comprender que la Alejandría del Faro y la Biblioteca había desaparecido hacía mucho tiempo y se había convertido en una leyenda en su época. Sospechaba que para ellos todos los lugares que habían devuelto a la existencia eran más o menos contemporáneos, la Roma de los cesares, la Alejandría de los tolomeos, la Venecia de los duques, la Chang-an de los t'angs, la Asgar de los aesir, ninguna menos real que la siguiente ni menos irreal, cada una simplemente una faceta del distante pasado, el fantástico pasado inmemorial, un fruto

arrancado de aquel oscuro y alejado abismo del tiempo. No poseían contextos para separar una época de la otra. Para ellos todo el pasado era un reino sin tiempo ni fronteras. ¿Por qué no tenía que haber visto el Faro antes, él que había saltado a esta época desde la Nueva York de 1984? Nunca había sido capaz de explicárselo. Julio César y Aníbal, Helena de Troya y Carlomagno, la Roma de los gladiadores y la Nueva York de los Yankees y los Mets, Gilgamesh y Tristán y Otelio y Robin Hood y George Washington y la Reina Victoria..., para ellos todos eran igualmente reales e irreales, ninguno era más que brillantes figuras moviéndose sobre una tela pintada. El pasado, el pasado, el elusivo y fluido pasado..., para ellos era un solo lugar de infinita accesibilidad e infinita conectividad. Por supuesto, pensaban que él había visto el Faro antes. Sabía que no valía la pena intentar explicárselo.

-No -dijo simplemente-. Ésta es la primera vez que visito Alejandría.

Permanecieron allí todo el invierno, y posiblemente parte de la primavera. Alejandría no era un lugar donde uno fuera muy consciente del cambio de las estaciones, ni el paso del tiempo en sí se hacía lo bastante evidente cuando uno vivía toda su vida como un turista.

Durante el día siempre había algo nuevo que ver. El jardín zoológico, por ejemplo: un maravilloso parque, milagrosamente verde y lujuriante en aquel clima cálido y seco, donde sorprendentes animales vagaban en cercados tan generosos que no parecían en absoluto cercados. Había camellos, rinocerontes, gacelas, avestruces, leones, asnos salvajes; y también, de una forma casualmente adyacente a todos aquellos animales africanos familiares, había también hipogrifos, unicornios, basiliscos, y dragones de escamas arco iris que arrojaban fuego. ¿Tenía el zoológico original de Alejandría dragones y unicornios? Phillips lo dudaba. Pero éste sí; evidentemente no resultaba más difícil para los artesanos responsables de todo aquello manufacturar animales míticos que devolver la vida a camellos y gacelas. Para Gioia y sus amigos, todos ellos eran igualmente míticos, de todos modos. Se mostraban tan maravillados ante los rinocerontes que ante el hipogrifo. Ninguno de los dos era más extraño -o menos- que el otro. Por todo lo que Phillips había conseguido descubrir; ninguno de los mamíferos o aves de aquella era habían sobrevivido excepto unos pocos gatos y perros, aunque muchos habían sido reconstruidos.

¡Y luego la Biblioteca! ¡Todos aquellos tesoros perdidos, reclamados de las mandíbulas del tiempo! Abrumadoras paredes de mármol llenas de columnas, espaciosas salas de lectura de altas bóvedas, oscuros montones de rollos extendiéndose al infinito. Los mangos de marfil de setecientos mil rollos de quebradizo pergamino en las estanterías. Eruditos y bibliotecarios deslizándose silenciosamente de un lado para otro, sonriendo con suaves sonrisas de experto y claramente ocupados con los serios asuntos que llenaban sus mentes. Phillips se dio cuenta de que todos eran temporeros. Mera comparsa, parte de la ilusión. ¿Pero eran también ilusiones los rollos de pergamino?

-Aquí tenemos los dramas completos de Sófocles -dijo el guía con un ligero agitar de su mano, señalando estante tras estante de textos. Sólo siete de sus ciento veintitrés obras habían sobrevivido a los sucesivos incendios de la Biblioteca en los tiempos antiguos, a manos de romanos, cristianos, árabes: ¿estaban ahí los dramas perdidos, el Triptolemus, el Nausicaa, el Jason y todos los demás? ¿Y encontraría también allí, milagrosamente restaurados a la existencia, los demás tesoros perdidos de la antigua literatura, las memorias de Odiseo, la historia de Roma de Cato, la vida de Pericles de Tucídides, los volúmenes perdidos de Livio? Pero cuando preguntó si podía explorar las estanterías, el guía sonrió disculpándose y dijo que todos los bibliotecarios estaban ocupados en aquel momento. ¿Otra vez, quizá? Quizá, dijo el guía. No importaba, decidió Phillips. Aunque aquella gente hubiera conseguido recuperar de alguna forma aquellas obras maestras perdidas de la antigüedad, ¿cómo podría leerlas? Él no sabía griego.

La vida de la ciudad zumbaba y pulsaba a su alrededor. Era un lugar mareantemente hermoso: la enorme bahía siempre llena de velas, las grandes avenidas que avanzaban rectas de oeste a este, de norte a sur, la luz del sol rebotando casi audiblemente en las brillantes paredes de los palacios de reyes y dioses. Lo habían hecho muy bien, pensó Phillips; realmente muy bien. En la plaza del mercado, los comerciantes de suspicaces ojos regateaban en media docena de misteriosas lenguas sobre el precio del ébano, el incienso árabe, el jade, las pieles de pantera. Gioia compró una dracma de pálido y almizcleño perfume egipcio en un delicado frasquito de cristal tallado. Magos y juglares y escribas llamaban con voces estridentes a los transeúntes, suplicando unos momentos de su atención y un puñado de monedas por su labor. Esclavos encadenados, negros y cobrizos y algunos que podían ser chinos, eran exhibidos a subasta: se les hacía flexionar los músculos, enseñar los dientes, mostrar los pechos y muslos a los posibles compradores. En el gimnasio, atletas desnudos arrojaban jabalinas y discos y luchaban entre sí con terrible celo. Stengard, el amigo de Gioia, apareció corriendo con un regalo para ella, una gargantilla de oro que Cleopatra no hubiera despreciado. Una hora más tarde la había perdido, o quizá la había tirado mientras Phillips estaba mirando hacia otro lado. Compró otra, más fina aún, al día siguiente. Cualquiera podía conseguir todo el dinero que deseara con solo pedirlo: era tan asequible como el aire para aquella gente.

Estar allí era muy parecido a ir al cine, se dijo Phillips. Un filme distinto cada día: no mucho argumento, pero los efectos especiales eran magníficos y la ambientación difícilmente podía ser superada. Una megapelícula, un enorme espectáculo ininterrumpido e interpretado por toda la población de la Tierra. Y todo era tan sin esfuerzo, tan espontáneo: del mismo modo que cuando había ido al cine no se había molestado en pensar acerca de la miríada de técnicos que había tras las escenas, los cámaras y los diseñadores del vestuario y los guionistas y los electricistas y los constructores de maquetas y los responsables de la fotografía, aquí también había decidido no hacerse preguntas sobre los medios a través de los cuales Alejandría había

sido puesta ante sus ojos. Parecía real. Era real. Cuando bebía el fuerte vino tinto, producía un placentero zumbido en su cabeza. Si saltaba al vacío desde la cámara del fanal del Faro sospechaba que moriría, aunque quizá no permaneciera mucho tiempo muerto: indudablemente tenían alguna forma de restaurarle a la vida tantas veces como fuera necesario. La muerte no parecía ser un factor en las vidas de aquella gente.

Durante el día visitaban cosas. Por la noche él y Gioia iban a fiestas, en su hotel, en las villas al lado del mar, en los palacios de la alta nobleza. Los asistentes habituales eran siempre los mismos: Hawk y Hekna, Aramayne, Stengard y Shelimir, Nissandra, Asoka, Afonso, Protay. En las fiestas había cinco o diez temporeros por cada ciudadano, algunos como meros sirvientes, otros como anfitriones o incluso invitados secundarios, mezclándose con ellos libremente y un tanto osadamente. Pero todo el mundo sabía, en todo momento, quién era un ciudadano y quién sólo un temporero. Phillips empezó a pensar que su propio status se hallaba en alguna parte entre las dos categorías. Ciertamente, le trataban con una cortesía que nadie dedicaría a un temporero, pero sin embargo había una condescendencia en sus modales que le decía no simplemente que no era uno de ellos, sino que era alguien o algo de un orden de existencia totalmente distinto. El que fuera el amante de Gioia le daba una cierta prestancia a sus ojos, pero no demasiada: evidentemente nunca dejaría de ser un extraño, un primitivo, antiguo y exótico. Al respecto había observado que la propia Gioia, aunque incuestionablemente un miembro del grupo, parecía ser considerada también un poco como una extraña, como la nieta de un comerciante en una reunión de Plantagenets. No siempre se enteraba de las mejores fiestas a tiempo para asistir a ellas; sus amigos no siempre le devolvían sus efusivos saludos con el mismo grado de calidez; a veces la observaba tender el oído para escuchar algún fragmento de conversación que evidentemente no se tenía intención que compartiera. ¿Era todo esto debido a que lo había tomado a él por amante? ¿O era al revés: le había tomado a él por amante precisamente porque no era un miembro completo de su casta?

Ser un primitivo le proporcionaba, al menos, algo de lo que hablar en sus fiestas.

-Cuéntanos acerca de la guerra -le decían-. Háblanos de las elecciones. Sobre el dinero. Respecto a las enfermedades. -Querían saberlo todo, aunque no parecían prestar demasiada atención: sus ojos se velaban con extraordinaria rapidez. Sin embargo, seguían preguntado. Les describía los embotellamientos de tráfico, y la política, y los desodorantes, y las pildoras vitamínicas. Les hablaba de los cigarrillos, los periódicos, los metros, las guías telefónicas, las tarjetas de crédito y el béisbol.

-¿Cuál era tu ciudad? -le preguntaban. Nueva York, les decía-. ¿Y cuándo era? ¿El siglo VII, dices? -No, el XX, les decía. Intercambiaban miradas y asentían-. Tendremos que traerla -decían, refiriéndose a la ciudad-. El World Trade Center, el Empire State Building, el Citicorp Center, la catedral de St. John: ¡fascinante! El estadio de los Yankees. El puente Verrazzano. Tenemos que traerlo todo. Pero primero tiene que

venir Mohenjo-daro. Y luego, creo, Constantinopla. ¿Tenía mucha gente tu ciudad? -Siete millones, les decía. Sólo en los cinco distritos electorales. Asentían, sonriendo amistosamente, imperturbables ante el número.

Siete millones, setenta millones..., se daba cuenta de que para ellos era lo mismo. Simplemente apelarían a los temporeros en el número que se necesitara. Se preguntaba lo bien que harían su trabajo. Después de todo, no podía juzgar realmente a los de Alejandría y Asgard. Aquí podían tener unicornios e hipogrifos en el zoo, y esfinges vivientes merodeando junto a las cloacas, y él no sentirse turbado por ello. Su Alejandría fantástica era tan buena como la histórica, o mejor. Pero qué triste, qué decepcionante sería si el Nueva York que conjuraban tenía el Greenwich Village en la parte alta de la ciudad y Times Square en el Bronx, y los neoyorkinos, atentos y educados, hablaban con el meloso acento de Savannah o Nueva Orleáns. Bueno, ahora no tenía por qué preocuparse por ello. Lo más probable era que sólo estuvieran siendo corteses con él cuando hablaban de traer a Nueva York. Tenían toda la enormidad del pasado para escoger: Nínive, Menfis de los faraones, el Londres de Victoria o de Shakespeare o de Ricardo III, la Florencia de los Medici, el París de Abelardo y Eloísa o el París de Luis XIV, el Tenochtitlán de Moctezuma o el Cuzco de Atahualpa; Damasco, San Petersburgo, Babilonia, Troya. Y luego estaban todas las ciudades como Nueva Chicago, procedentes de un tiempo aún no nacido para él pero historia antigua para ellos. Con tanta riqueza, con tanta infinidad de elecciones, incluso la poderosa Nueva York podía tener que aguardar mucho antes de que llegara su turno. ¿Estaría él todavía con ellos cuando llegara la ocasión, si llegaba alguna vez? Por entonces, quizá, tal vez se hubieran cansado ya de él y lo hubieran devuelto a su propia época. O posiblemente él hubiera ido envejeciendo y hubiera terminado por morir. Incluso aquí, suponía, acabaría muriendo, aunque ninguno de los otros parecía nacerlo nunca. No lo sabía. Se daba cuenta de que, de hecho, no sabía nada.

El viento del norte sopló durante todo el día. Enormes bandadas de ibis aparecieron sobre la ciudad, huyendo del calor del interior, y se extendieron por todo el cielo con sus negros cuellos y sus largas piernas extendidos. Las aves sagradas, descendiendo a miles, se aposentaron en casi cada cruce, persiguiendo arañas y escarabajos, ratones, los desechos de las carnicerías y las panaderías. Eran hermosos pero irritantemente ubicuos, y dejaban caer sus excrementos sobre los edificios de mármol; cada día, escuadrones matutinos de temporeros los limpiaban escrupulosamente. Gioia hablaba poco con él, ahora. Parecía fría, como retraída, deprimida; y había algo casi intangible en ella, como si poco a poco se fuera volviendo transparente. Tenía la sensación de que sería entrometerse en su intimidad preguntarle qué le ocurría. Quizá sólo era inquietud. Se había vuelto religiosa, y presentaba caras ofrendas a los templos de Serapis, Isis, Poseidón, Pan. Acudía a la necrópolis al este de la ciudad para depositar coronas sobre las tumbas de las catacumbas. En un solo día subió al Faro tres veces, sin el menor signo de fatiga. Una tarde regresó de una visita a la Biblioteca con un poco de aromático ungüento verde.

-Creo que ya es hora de abandonar Alejandría, ¿no crees? -dijo.

Deseaba ir a Mohenjo-daro, pero Mohenjo-daro aún no estaba preparada para los visitantes. En vez de ello, volaron al este, hacia Chang-an, que hacía años que no habían visto. Fue sugerencia de Phillips: esperaba que la alegría cosmopolita de la antigua capital t'ang alegrara su estado de ánimo.

Esta vez iban a ser huéspedes del emperador: un privilegio muy poco habitual, que normalmente tenía que ser solicitado con mucha antelación, pero Phillips había hablado con algunos de los amigos de Gioia bien situados contándoles lo infeliz que parecía ella, y éstos habían hecho que todo quedara arreglado rápidamente. Tres funcionarios que no cesaban de hacer reverencias, vestidos con amplios ropajes amarillos y cinturones púrpura, les recibieron en la Puerta de la Brillante Virtud, en la muralla sur de la ciudad, y les condujeron a su pabellón, cerca del palacio imperial y el Jardín Prohibido. Era un lugar espacioso y alegre, con delgadas paredes de ladrillo enyesado y graciosas columnas de una oscura y aromática madera que no pudo identificar. Había una serie de fuentes en el techo de tejas verdes y amarillas, que creaban una interminable cascada de fresca agua reciclada. Las balaustradas eran de mármol tallado, los batientes de las puertas de oro.

Había una suite de habitaciones privadas para él y otra para ella, aunque compartirían el maravilloso dormitorio tapizado en damasco en el centro mismo del pabellón. Tan pronto como llegaron, Gioia anunció que debía ir a sus aposentos para bañarse y vestirse.

-Habrá una recepción formal en nuestro honor en el palacio, esta noche -dijo-. Dicen que las recepciones imperiales son espléndidas más allá de cualquier cosa que puedas imaginar. Quiero presentarme en mi mejor forma. -El emperador y todos sus ministros, le dijo, les recibirían en el Salón de la Suprema Gloria; habría un banquete para un millar de personas; actuarían unos danzarines persas, y los famosos juglares de Chung-nan. Después, todo el mundo sería conducido al fantástico paisaje del Jardín Prohibido para presenciar las carreras de dragones y los fuegos de artificio. Phillips fue a sus habitaciones. Dos pequeñas y delicadas sirvientas le desnudaron y le bañaron con fragantes esponjas. El pabellón estaba equipado con once temporeros que actuaban como sus sirvientes: chinos de voz suave, discretos y felinos, contruidos con una perfecta verosimilitud, lacio pelo negro, piel reluciente, pliegues epicánticos. Phillips se preguntaba a menudo qué les ocurría a los temporeros de una ciudad cuando el tiempo de la ciudad se agotaba. Los enormes héroes nórdicos de Asgard, ¿eran reciclados en aquel momento a delgados dradivianos de piel oscura para Mohenjo-daro? Cuando los días de Tombuctú se agotaran, ¿iban a verse convertidos sus negros guerreros de abigarradas ropas en suaves bizantinos para poblar los atrios de Constantinopla? ¿O los antiguos temporeros eran simplemente desechados como una producción superflua y apilados en algún almacén en cualquier lugar, mientras se creaban las cantidades necesarias del nuevo modelo? No lo sabía; y cada

vez que se lo había preguntado a Gioia ésta se había mostrado incómoda y vaga. No le gustaba que él la sondeara en busca de información, y Phillips sospechaba que ello era debido a que en realidad tenía tan poco que ofrecerle en este aspecto. Aquella gente no parecía hacerse nunca preguntas sobre la forma en que funcionaba su propio mundo; su curiosidad era muy propia de su siglo XX, le habían dicho a menudo, con aquella suave condescendencia tan propia suya. Mientras sus dos pequeñas doncellas frotaban su cuerpo con las esponjas pensó en preguntarles dónde habían servido antes de en Chang-an. ¿En Río? ¿En Roma? ¿En la Bagdad de Harun al-Rasid? Pero sabía que aquellas frágiles muchachitas se limitarían a reír discretamente y se retirarían si él intentaba interrogarlas. Interrogar a los temporeros no sólo era impropio, sino también inútil: era como si alguien se pusiera a interrogar a su propio equipaje.

Una vez bañado y vestido con lujosas sedas rojas vagabundeo durante un rato por el pabellón, admirando los sonoros colgantes de jade verde que entrechocaban entre sí en el pórtico, las lustrosas columnas castaño rojizas, los reflejos arco iris de las intrincadamente entrelazadas vigas y puntales que sostenían el techo. Luego, cansado de su soledad, se acercó a la cortina de bambú que daba entrada a la suite de Gioia. Un guardia y una de las doncellas estaban de pie al otro lado. Le indicaron que no debía entrar; pero él les miró con el ceño fruncido y se fundieron ante él como copos de nieve. Un rastro de incienso le condujo a través del pabellón hasta el vestidor de Gioia, en la parte más interna. Se detuvo allí, justo en el umbral.

Gioia estaba sentada, desnuda, de espaldas a él, ante un adornado tocador de alguna madera exótica color llama taraceada con franjas de porcelana naranja y verde. Se estudiaba intensamente a sí misma en un espejo de bronce pulido sostenido por una de sus doncellas, pasándose los dedos por su cabellera, como hace cualquier mujer cuando busca alguna cana entre su pelo.

Pero eso parecía extraño. ¿Gioia, canas? ¿Canas un ciudadano? Un temporero podía mostrar quizá una apariencia envejecida, pero un ciudadano seguro que no. Los ciudadanos eran siempre jóvenes. El aspecto de Gioia era el de una muchacha. Su rostro era suave y sin ninguna arruga, su carne firme, su pelo oscuro: eso era cierto para cualquiera de ellos, todos los ciudadanos que había visto desde su llegada allí. Y sin embargo no había ningún equívoco en lo que Gioia estaba haciendo. Encontró un pelo, frunció el ceño, lo tensó, asintió, lo enrolló en uno de sus dedos, tiró. Luego otro. Otro. Apretó la punta de su dedo contra su mejilla como para probar su elasticidad. Pellizcó la piel de debajo de sus ojos, tirando de ella hacia abajo. Unos gestos tan familiares de vanidad; pero tan extraños allí, pensó, en aquel mundo de jóvenes perpetuos. ¿Gioia preocupada por volverse vieja? ¿Acaso no había sabido ver en ella los signos de la edad? ¿O era ella la que había estado trabajando intensamente a sus espaldas para ocultárselos? Quizá fuera esto. Entonces, ¿estaba equivocado respecto a los ciudadanos? ¿Envejecían del mismo modo que lo habían hecho siempre los habitantes de épocas menos bendecidas> y simplemente poseían mejores formas de disimularlo? ¿Qué edad tenía Gioia realmente? ¿Treinta años? ¿Sesenta? ¿Trescientos?

Gioia pareció al fin satisfecha. Hizo que apartaran el espejo con un gesto de su mano; se levantó; se inclinó hacia sus ropas para el banquete. Phillips, aún desapercibido de pie en el umbral, la estudió admirativo; las pequeñas y redondeadas nalgas, casi infantiles, la elegante línea de su espina dorsal, la sorprendente amplitud de sus hombros. No, pensó, no envejece, en absoluto. Su cuerpo sigue siendo el de una muchachita. Parece tan joven como el primer día que nos conocimos, pese al tiempo transcurrido..., se dio cuenta de que era incapaz de decir cuánto; era difícil mantener el control del tiempo aquí; pero estaba seguro de que habían pasado algunos años desde que se habían juntado. Esas canas, esas arrugas y bolsas que había buscado hacía un momento con una intensidad tan desesperada, tenían que ser imaginarias, meros artificios de la vanidad. Incluso en esta remota época futura, pues, la vanidad no se había extinguido. Se preguntó por qué estaría tan preocupada Gioia por el temor a envejecer. ¿Una afectación? ¿Extraía aquella gente intemporal algún perfecto placer preocupándose por la posibilidad del envejecimiento? ¿O era algún temor particular de Gioia, otro síntoma de la misteriosa depresión que la había abrumado en Alejandría?

No deseaba que ella pensara que la había estado espiando, cuando todo lo que había deseado era hacerle una visita, de modo que se retiró silenciosamente para vestirse para la velada. Ella acudió a buscarle una hora más tarde, maravillosamente vestida, enfundada desde el cuello hasta los tobillos en un traje de brocado de brillantes colores bordado con cuentas de oro, el rostro pintado, el pelo peinado tenso y sujeto con peinetas de marfil: el aspecto ideal de una dama de la corte. Sus sirvientas también lo habían dejado espléndido a él, con un lustroso sobrepelliz negro bordado con dragones dorados sobre una túnica larga hasta los pies de brillante seda blanca, una gargantilla y un pendiente de coral rojo, y un sombrero gris de cinco puntas que se erguía en forma de torre sobre su cabeza como un zigurat. Gioia, sonriendo, tocó su mejilla con la yema de sus dedos.

-Tu aspecto es maravilloso -le dijo-. ¡Como un gran mandarín!

-Y tú luces como una emperatriz -dijo él-. De algún distante país: Persia, la India. Vamos a presentar nuestros respetos ceremoniales al Hijo del Cielo. -Un exceso de amor inundaba su espíritu y, sujetándola ligeramente por la muñeca, la atrajo hacia sí, tan cerca como era posible teniendo en cuenta lo elaborado de sus atuendos. Pero mientras se inclinaba hacia delante, con la intención de rozar con sus labios, ligera y afectuosamente, la punta de su nariz, observó algo inesperadamente extraño, una anomalía: el recubrimiento de pintura que formaba su maquillaje parecía, sorprendentemente, realzar antes que disimular los contornos de su piel, resaltando y revelando detalles que nunca antes había observado. Vio una configuración de finas arrugas que partían radiando de las comisuras de sus ojos, y el inconfundible inicio de una arruga en su mejilla, justo a la izquierda de su boca, y quizá la ligera indentación de otros frunces en su hasta entonces perfecta frente. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal. Así que no era afectación, después de todo, el que ella se hubiera estado

estudiando tan ansiosamente en el espejo. La edad estaba empezando a reclamar sus derechos sobre ella, pese a todo lo que había llegado a creer sobre la intemporalidad de aquella gente. Pero un momento más tarde no estuvo tan seguro. Gioia se volvió y se apartó suavemente medio paso de él -debió hallar su mirada inquietante-, y las arrugas que había creído ver desaparecieron. Las buscó y sólo vio de nuevo la perfecta lisura de la juventud. ¿Un truco de la luz? ¿Un engaño de su excesiva imaginación? Se sintió desconcertado.

-Vamos -dijo ella-. No debemos hacer esperar al emperador.

Cinco guerreros con enormes bigotes y armadura acolchada blanca y siete músicos tocando címbalos y flautas los escoltaron hasta el Salón de la Suprema Gloria. Allá encontraron alineada a toda la corte: príncipes y ministros, altos oficiales, monjes de amarillas túnicas, un enjambre de concubinas imperiales. En un lugar de honor a la derecha de los tronos reales, que se alzaban como andamios dorados por encima de todo lo demás, había un pequeño grupo de hombres de rostros severos con ropas extrañas, los embajadores de Roma y Bizancio, de Arabia y Siria, de Corea, Japón, Tibet, Turkestán. En una serie de braseros esmaltados ardía el incienso. Un poeta cantaba una delicada y vibrante melodía, acompañándose a sí mismo con una pequeña arpa. Luego entraron el emperador y la emperatriz: dos pequeñas figuras de edad avanzada, como imágenes de cera, que avanzaban con infinita lentitud, a pasos no mayores que los de un niño. Hubo sonido de trompetas cuando ascendieron a sus tronos. Cuando el pequeño emperador se hubo sentado -parecía como un muñeco ahí arriba, viejo, ajado, arrugado, y sin embargo no dejaba de ser una figura extraordinariamente enérgica-, tendió hacia delante ambas manos, y empezaron a sonar enormes gongs. Era una escena de sorprendente esplendor, grandiosa y abrumadora.

Todos eran temporeros, pensó bruscamente Phillips. Vio sólo a un puñado de ciudadanos -ocho, diez, posiblemente una docena como máximo-, repartidos aquí y allá en la enorme habitación.. Los reconocía por sus ojos, oscuros, líquidos, perspicaces. Estaban observando no sólo el espectáculo imperial sino también a Gioia y a él; y Gioia, sonriendo secretamente, inclinando de forma casi imperceptible la cabeza en dirección a ellos, reconocía su presencia y su interés. Pero aquellos pocos eran los únicos allí dentro que eran seres autónomamente vivos. Todos los demás, la espléndida corte al completo, los grandes mandarines y paladines, los oficiales, las concubinas con sus disimuladas risitas, los altaneros y resplandecientes embajadores, incluso los viejos emperador y emperatriz, eran simplemente parte del decorado. ¿Había visto alguna vez el mundo, antes, un espectáculo a tan gran escala? ¿Tanta pompa, tanta representación, conjuradas cada noche sólo para la diversión de una docena o así de espectadores?

En el banquete, el pequeño grupo de ciudadanos se sentaron juntos en una mesa aparte, una losa redonda de ónice recubierta de translúcida seda verde. Allá se reveló

que eran en total diecisiete, incluida Gioia; Gioia parecía conocerlos a todos, pese a que ninguno, por todo lo que Phillips podía decir, era un miembro de sus amistades directas a las que había ido conociendo a lo largo del tiempo. No hizo presentaciones. Como tampoco era posible ninguna conversación durante la comida: el ensordecedor ruido de la habitación era constante. Tres orquestas tocaban a la vez, y había también grupos de músicos paseando por entre las mesas, y un constante fluir de monjes y sus ayudantes iban de un lado para otro cantando a voz en grito sutras y agitando incensarios al ensordecedor acompañamiento de tambores y gongs. El emperador no descendió de su trono para unirse al banquete; parecía estar dormido, aunque de tanto en tanto agitaba la mano al compás de la música. Gigantescos esclavos semidesnudos de piel cobriza, amplios pómulos y bocas como enormes bolsillos abiertos traían la comida, lenguas de pavo real y pechugas de fénix dispuestas sobre montones de resplandeciente arroz color azafrán, servido todo sobre bandejas de frágil alabastro. Como palillos habían recibido finas varillas de oscuro jade. El vino, servido en resplandecientes copas de cristal, era espeso y dulce, con un regusto a pasas, y ninguna copa permanecía vacía más de un instante.

Phillips se sintió progresivamente atontado: cuando salieron las danzarinas persas, no pudo decir si eran cinco o cincuenta, y mientras realizaban sus intrincados movimientos giratorios tuvo la impresión de que sus esbeltas formas recubiertas de muselina se mezclaban y confundían. Se sintió asustado por su destreza, y quiso apartar la mirada, pero no pudo. Los malabaristas chung-nan que siguieron eran también muy hábiles, igualmente alarmantes, y llenaban el aire con guadañas, llameantes antorchas, animales vivos, curiosas vasijas de porcelana, hachuelas de jade rosa, campanillas de plata, tazas doradas, ruedas, recipientes de plata, y nunca dejaban caer nada de aquello. Los ciudadanos aplaudían educadamente, pero no parecían impresionados. Tras los malabaristas volvieron las danzarinas, que esta vez bailaron sobre zancos; los camareros trajeron bandejas de humeante carne de un color lavanda pálido, desconocida en textura y sabor: filete de camello quizá, o pierna de hipopótamo, o posiblemente algún trozo escogido de un dragón joven. Sirvieron más vino. Phillips intentó rechazarlo débilmente, pero los camareros eran implacables. Éste era más seco, de color dorado verdoso, austero, con un ligero picor en la lengua. Con él vino una bandeja de plata, helada hasta una frialdad polar, que contenía un helado aromatizado con algún tipo de coñac de intenso olor ahumado. Observó que los malabaristas estaban repitiendo su actuación. Pensó que iba a ponerse enfermo. Miró impotente a Gioia, que parecía sobria pero tremendamente excitada, casi maníaca, los ojos brillantes como rubíes. Acarició cariñosamente su mejilla.

Un soplo frío atravesó el salón: habían abierto toda una pared, revelando el jardín, la noche, las estrellas. Al otro lado había una colosal rueda de papel aceitado tensado sobre puntales de madera. Debían haberla erigido en la última hora: tenía unos cincuenta metros de altura o más, y de ella colgaban miles de linternas, resplandeciendo como gigantescas luciérnagas. Los invitados empezaron a abandonar el salón. Phillips se dejó arrastrar al jardín, donde extraños árboles de retorcidas

ramas con densas agujas negras dominaban ominosamente el paisaje bajo una luna amarillenta. Gioia pasó un brazo en torno al suyo. Descendieron hasta un lago de burbujeante líquido carmesí y contemplaron una serie de aves parecidas a flamencos escarlatas de tres metros de alto arponeando melindrosamente anguilas de furiosos ojos turquesa. Se detuvieron maravillados ante un Buda de enorme barriga modelado a base de resplandeciente cerámica azul, de veinte metros de altura. Un caballo de dorada crin avanzó corveteando, despidiendo lluvias de brillantes chispas azules allá donde sus cascos tocaban el suelo. En un bosquecillo de limoneros que parecía tener el poder de agitar sus cimbreantes ramas hacia todos lados, Phillips tropezó con el emperador, de pie y balanceándose suavemente hacia delante y hacia atrás. El viejo tomó a Phillips por la mano y puso algo en su palma, obligándole a cerrar fuertemente sus dedos en torno a lo que fuera; cuando abrió el puño unos momentos más tarde, encontró su palma llena de irregulares perlas grises. Gioia las tomó y las arrojó al aire, y estallaron como fuegos de artificio, lanzando chorros de coloreada luz. Un poco después, Phillips se dio cuenta de que ya no llevaba su sobrepelliz ni sus ropas de seda blanca.

Gioia estaba también desnuda, y lo atrajo suavemente a una alfombra de húmedo musgo azul, donde hicieron el amor hasta el amanecer, violentamente al principio, luego con mayor lentitud, con languidez, casi en un sueño. A la salida del sol miró tiernamente a Gioia, y vio que algo no iba bien.

-¿Gioia? -dijo, dubitativo.

Ella sonrió.

-Oh, no. Gioia está con Fenimon esta noche. Yo soy Belilala. -¿Con... Fenimon?

-Son viejos amigos. Hacía años que no lo veía. -Oh. Entiendo. ¿Y tú eres...?

-Belilala -dijo ella de nuevo, acariciando su mejilla con las yemas de sus dedos.

Aquello no era infrecuente, dijo Belilala. Ocurría muy a menudo; lo único raro era que a él aún no le hubiera ocurrido nunca. Se formaban parejas, viajaban juntos durante un tiempo, luego se separaban, volvían a unirse más tarde. Eso no quería decir que Gioia le hubiera dejado para siempre. Significaba sólo que en estos momentos había preferido estar con Fenimon. Gioia volvería. Mientras tanto, él no querría estar solo.

-Tú y yo nos conocimos en Nueva Chicago -le dijo Belilala-. Y luego volvimos a vernos en Tombuctú. ¿Lo has olvidado? Oh, sí, veo que lo has olvidado. -Rió encantadoramente; no parecía en absoluto ofendida.

Se parecía lo bastante a Gioia como para ser su hermana. Aunque todos los ciudadanos se parecían mucho entre sí. Pero aparte su parecido físico, se dio cuenta

muy pronto, Belilala y Gioia no eran realmente tan similares. Había en Belilala una calma, una profunda reserva de serenidad, que Gioia, ansiosa y voluble y siempre impaciente, no parecía poseer. Recorriendo las atestadas calles de Chang-an con Belilala, no captó en ella nada de la febril ansia de Gioia hacia todo lo que había más allá, y más allá, y más allá de lo que había más allá. Cuando visitaron el palacio de Hsing-ch'ing no empezó a los cinco minutos -como seguramente hubiera hecho Gioia- a buscar las direcciones de la Fuente de Hsuan-tsung o la Pagoda de los Ánsares Salvajes. La curiosidad no consumía a Belilala como lo hacía con Gioia. Creía sin lugar a dudas que siempre habría tiempo suficiente para ver todo lo que deseaba ver. Había algunos días en los que Belilala prefería no salir en absoluto, y se contentaba con permanecer en su pabellón jugando a un juego solitario con fichas de porcelana plana o contemplando las flores del jardín. .

Descubrió, sorprendentemente, que gozaba de aquel respiro de los intensos apetitos de Gioia de engullir el mundo de un solo bocado; y sin embargo, ansiaba su regreso. Belilala -hermosa, gentil, tranquila, paciente- era demasiado perfecta para él. Parecía irreal en su resplandeciente impecabilidad, demasiado parecida a uno de aquellos jarrones celadón Sung que parecían demasiado perfectos para haber sido modelados y vidriados por manos humanas. Había algo un poco carente de entusiasmo en ella: una inmaculada terminación fuera, un vacío dentro. Belilala casi podría haber sido un temporero, pensó, aunque sabía que no lo era. Podía explorar los pabellones y los palacios de Chang-an con ella, podía mantener con ella una agradable conversación mientras cenaban, podía sin duda gozar haciendo el amor con ella; pero no podía amarla, ni siquiera contemplar esa posibilidad. Era difícil imaginar a Belilala contemplándose preocupada en un espejo, en busca de arrugas o canas. Belilala nunca sería más vieja de lo que era en estos momentos; como tampoco podía haber sido nunca más joven. La perfección no se mueve a lo largo del eje del tiempo. Pero la perfección de la satinada superficie de Belilala hacía que su ser interior le resultara impenetrable. Gioia era más vulnerable, más obviamente imperfecta -su constante inquietud, sus cambios de humor, su vanidad, sus temores-, y por ello era mucho más accesible a su imperfecta sensibilidad del siglo XX.

Veía ocasionalmente a Gioia mientras recorrían la ciudad, o creía verla. Tenía la impresión de atisbarla entre los vendedores de milagros en el bazar persa, y fuera del templo zoroástrico, y de nuevo junto al estanque de peces exóticos en el Parque Serpentino. Pero nunca estaba completamente seguro de que la mujer que veía era realmente Gioia, y nunca podía acercarse lo suficiente a ella para confirmarlo; tenía una forma especial de desaparecer cuando se aproximaba, como alguna misteriosa Lorelei atrayéndole una y otra vez en una infructuosa persecución. Al cabo de un tiempo empezó a darse cuenta de que no iba a encontrarla hasta que ella estuviera preparada para que la encontrara.

Perdió el sentido del tiempo. ¿Semanas, meses, años? No tenía ni idea. En aquella ciudad de exótico lujo, misterio y magia, todo estaba en constante fluir y transición, y

los días poseían una cualidad intermitente e inestable. Los edificios, e incluso calles enteras, eran derruidos cualquier tarde y edificados de nuevo, al cabo de pocos días, en otro lugar. Enormes pagodas nuevas brotaban como setas en una noche. Llegaban ciudadanos de Asgard, Alejandría, Tombuctú, Nueva Chicago, permanecían un tiempo y desaparecían, regresaban. Había una ronda constante de recepciones en la corte, banquetes, representaciones teatrales, todas muy parecidas a cualquiera de las anteriores. Los festivales en honor a pasados emperadores y emperatrices podrían haber dado alguna configuración al transcurso del año, pero parecían producirse de una forma completamente al azar, y la ceremonia que conmemoraba la muerte de T'ai Tsung se celebraba dos veces en un mismo año, o al menos eso le parecía, una vez en la estación de las nieves y de nuevo en pleno verano, y la que honraba la ascensión de la emperatriz Wu tenía lugar dos veces en una misma estación. Quizá había comprendido mal algo. Pero sabía que no servía de nada preguntar a alguien.

Un día, Belilala dijo inesperadamente:

-¿Vamos a Mohenjo-daro?

-No sabía que estuviera lista para los visitantes -respondió.

-Oh, sí. Hace ya algún tiempo.

Dudó. Aquello lo había tomado por sorpresa. Cautelosamente, dijo:

-Gioia y yo habíamos pensado ir juntos, ¿sabes?

Belilala sonrió amistosamente, como si el tema de discusión no fuera más que decidir el restaurante al que iban a acudir aquella noche.

-¿De veras? -preguntó.

-Todo quedó decidido mientras estábamos aún en Alejandría. Ir contigo..., no sé qué decirte, Belilala. -Phillips se dio cuenta de que se sentía profundamente turbado-. Sabes que me gustaría ir. Contigo. Pero por otra parte no puedo evitar el pensar que no debería hacerlo hasta que estuviera de nuevo con Gioia. Si alguna vez vuelvo con ella. -Qué estúpido suena esto, pensó. Qué torpe, qué adolescente. Se dio cuenta de que no conseguía mirarla directamente a los ojos. Inquieto, con una especie de desesperación en la voz, dijo:- Se lo prometí; fue una promesa, ¿sabes?, un acuerdo firme de que iríamos a Mohenjo-daro juntos...

-¡Oh, pero si Gioia ya ha estado allí! -dijo Belilala de la forma más casual.

Phillips dejó escapar un jadeo, como si alguien le hubiera pinchado.

-¿Qué?

-Fue una de las primeras en ir, cuando la abrieron. Hace meses y meses. ¿No lo sabías? -preguntó, sonando sorprendida, pero no mucho-. ¿De veras no lo sabías?

Eso le aturdió. Se sintió desconcertado, traicionado, furioso. Notó que se le encendían las mejillas, abrió mucho la boca. Agitó la cabeza una y otra vez, intentando despejar su confusión. Transcurrieron unos instantes antes de que consiguiera hablar.

-¿Ya ha estado allí? -dijo al fin-. ¿Sin esperarme? ¿Después de todo lo que hablamos acerca de ir juntos, después de acordar...?

Belilala se echó a reír.

-¿Pero cómo podría resistirse a ver la más nueva de las ciudades? ¡Ya sabes lo impaciente que es Gioia!

-Sí. Sí.

Estaba sorprendido. Apenas podía pensar.

-Como todos los efímeros -dijo Belilala-. Corre sin cesar de un lado para otro. Tiene que hacerlo todo ahora, ahora, inmediatamente, ya, al instante. Nunca hubieras debido esperar que te aguardara mucho tiempo para hacer algo: la impaciencia se apodera de ella, y lo hace. Tendrías que haberte dado ya cuenta.

-¿Los efímeros? -Nunca había oído aquella palabra antes.

-Sí. Tú lo sabías. Tendrías que saberlo. -Belilala exhibió la más dulce de sus sonrisas. No mostraba ninguna señal de comprender su aflicción. Con un gesto vivo de su mano prosiguió:- Bueno, ¿vamos tú y yo? ¿A Mohenjo-daro?

-Por supuesto -dijo Phillips con un hilo de voz.

-¿Cuándo quieres que vayamos?

-Esta noche -dijo. Hizo una breve pausa-. ¿Qué es un efímero, Belilala?

El color ascendió a sus mejillas.

-¿No es obvio? -preguntó.

¿Había habido alguna vez un lugar más horrible en la superficie de la Tierra que la ciudad de Mohenjo-daro? Phillips halló difícil imaginar uno. No podía comprender por

qué, de todas las ciudades que habían existido alguna vez, aquella gente había elegido restaurar ésta a la existencia. Le parecían más extraños que nunca, insondables, incomprensibles.

Miró desde la terraza en la parte superior de la ciudadela de múltiples torres a la lóbrega y claustrofóbica Mohenjo-daro, y se estremeció. La severa y deprimente ciudad parecía, más que ninguna otra cosa, alguna colonia penal prehistórica. Se apiñaba como una inquieta tortuga, cuadrada y compacta, contra la monotonía gris de la llanura del río Indo: kilómetros de renegridas murallas de ladrillo encerrando kilómetros de terriblemente ordenadas calles, dispuestas en un sorprendente y monstruoso esquema cuadriculado de maníaca rigidez. Las propias casas eran deprimentes y repulsivas en sí, racimos de células de ladrillo reunidas en torno a pequeños patios asfixiantes. No había ventanas, sólo pequeñas puertas que se abrían no a los paseos principales sino a estrechas y misteriosas callejuelas que avanzaban entre los edificios. ¿Quiénes habían diseñado aquella horrible metrópoli? ¿Qué lúgubres y duras almas habían tenido aquella aterradora y aterrada gente para crear para sí misma, en las fértiles y lujuriantes llanuras de la India, una ciudad propia del Soviet Supremo?

-Es encantadora -murmuró Belilala-. ¡Fascinante!

La miró sorprendido.

-¿Fascinante? Sí -admitió-, supongo que sí. Del mismo modo que es fascinante la sonrisa de una cobra.

-¿Qué es una cobra?

-Una serpiente depredadora venenosa -explicó Phillips-. Probablemente extinta. O antiguamente extinta, para ser más exactos. No me sorprendería que vosotros hubierais recreado unas cuantas y las hubierais soltado por Mohenjo para hacer las cosas un poco más vividas.

-Pareces furioso, Charles.

-¿De veras? No es como me siento.

-¿Cómo te sientes, entonces?

-No lo sé -dijo, tras una larga pausa. Se encogió de hombros-. Perdido, supongo. Muy lejos de casa.

-Pobre Charles.

-De pie aquí, frente a la esta ciudad de horribles edificios, escuchándote decir lo hermosa que es, nunca me he sentido más solitario en mi vida.

-Echas a faltar mucho a Gioia, ¿verdad?

Lanzó otra sorprendida mirada a Belilala.

-Gioia no tiene nada que ver con esto. Probablemente se sintió extasiada ante la hermosura de Mohenjo, lo mismo que tú. Exactamente igual que tú. Supongo que soy el único que no puede descubrir su belleza y su encanto. Soy el único que mira ahí fuera y sólo ve horror, y luego se pregunta por qué nadie más lo ve, por qué alguien puede haber decidido edificar un lugar como éste como diversión, para su placer...

Los ojos de Belilala brillaban.

-¡Oh, estás furioso! ¡Lo estás realmente!

-¿Eso también te fascina? -restalló-. ¿Una demostración de genuina emoción primitiva? ¿Un típico estallido directamente surgido del siglo XX? -Caminó por la muralla con cortos, rápidos y angustiados pasos-. Ah. Ah. Creo que lo comprendo, Belilala. Por supuesto: Yo formo parte de vuestro circo, la estrella del espectáculo secundario. Soy el primer experimento antes de establecer el siguiente paso, ¿no? -Los ojos de ella estaban muy abiertos. La repentina dureza y violencia de su voz parecía alarmarla y excitarla al mismo tiempo. Aquello lo ponía aún más furioso. Siguió ferozmente-: Traer ciudades enteras a través del tiempo fue divertido, pero carece de una cierta autenticidad, ¿no? Por alguna razón, no podéis traer también a sus habitantes; no podéis simplemente agarrar a unos cuantos millones de prehistóricos de Egipto o Grecia o la India y dejarlos caer en esta zona, y supongo que es porque podrías tener muchos problemas para controlarlos, o porque no habéis resuelto aún el asunto de deshacerlos de ellos cuando ya os hayáis cansado de su presencia. Así que habéis tenido que crear a los temporeros para que pueblen vuestras ciudades antiguas. Pero ahora me tenéis a mí. Soy un poco más real que un temporero, y eso es una espectacular novedad para vosotros, y la novedad es lo que más anheláis, por encima de cualquier otra cosa: quizá sea lo único que anheláis. Y aquí estoy yo, complicado, impredecible, nervioso, capaz de irritarse, sentir miedo, tristeza, amor y todas esas otras cosas hasta ahora extintas. ¿Por qué limitaros a una arquitectura pintoresca cuando podéis observar emociones pintorescas también? ¡Qué divertido debe ser para todos vosotros! Y si decidís que yo soy realmente interesante, entonces quizá me devolváis de vuelta allá de donde me recogisteis y busquéis algunos otros tipos antiguos: un gladiador romano quizá, o un papa del Renacimiento, o incluso uno o dos neanderthales...

-Charles -dijo ella tiernamente-. Oh, Charles, Charles, Charles, qué solitario debes sentirte, qué perdido, qué turbado. ¿Podrás perdonarme alguna vez? ¿Podrás

perdonarnos alguna vez?

De nuevo se sintió sorprendido. Belilala sonaba completamente sincera, como si comprendiera todas sus emociones. ¿Las comprendía? ¿Las comprendía realmente? No estaba seguro de haber detectado antes ninguna muestra de auténtica simpatía por parte de alguno de ellos, ni siquiera de Gioia. Eso hacía que no pudiera creer ahora a Belilala. La temía, los temía a todos ellos: su fragilidad, su timidez, su elegancia. Deseó acercarse a ella y dejar que lo tomara en sus brazos; pero se sentía demasiado torpemente prehistórico en estos momentos como para ser capaz de pedirle que le confortara.

Se dio la vuelta y echó a andar siguiendo la enorme muralla de la ciudadela.

-¿Charles?

-Déjame solo, por favor -dijo.

Siguió caminando. Le pulsaban las sienes, y había como un golpear en su pecho. Todos sus sistemas funcionaban tensos, a toda potencia, pensó: sus glándulas secretoras estaban derramando litros de sustancias inflamatorias en su corriente sanguínea. El calor, la confusión interna, el repelente aspecto de aquel lugar...

Intenta comprender, pensó. Relájate. Mira a tu alrededor. Intenta disfrutar de tus vacaciones en Mohenjo-daro.

Se inclinó pesadamente sobre el reborde exterior de la muralla. Nunca había visto una muralla como aquella; debía tener doce metros de ancho en su base, calculó, quizá incluso más, y cada ladrillo había sido perfectamente moldeado y meticulosamente colocado. Más allá de la gran muralla, la zona pantanosa llegaba casi hasta el borde de la ciudad, aunque cerca de la muralla los pantanos habían sido desecados para la agricultura. Vio allá abajo una serie de ágiles y morenos campesinos, ocupados en su trigo y su cebada y su arveja. El ganado y los búfalos pastaban un poco más lejos. El aire era pesado, húmedo. Todo permanecía en silencio. De algún lugar cercano le llegó el sonido de un gimoteante instrumento de cuerda y un canto insistente.

Poco a poco, se sintió inundado por una especie de paz. Su irritación cedió. Se dio cuenta de que empezaba a recuperar la calma. Miró de nuevo a la ciudad, las rígidas calles que se entrecruzaban, el laberinto de callejones interiores, los millones de hileras de casas de meticulosos ladrillos.

Es un milagro, se dijo, que esta ciudad se halle ahora aquí, en este lugar y época. Y es un milagro también que yo esté aquí para verla.

Capturado momentáneamente por la magia dentro de la desolación, creyó empezar a

comprender la maravilla y el deleite de ¡ Belilala, y deseó no haberle hablado tan secamente. La ciudad estaba viva. Ya fuera la Mohenjo-daro real que había existido hacía miles y miles de años, arrancada del pasado por algún poderoso anzuelo, o sólo una hábil reproducción, no importaba. Real o no, aquélla era la auténtica Mohenjo-daro. Había estado muerta y ahora, por el momento, estaba viva de nuevo. Esa gente, esos ciudadanos, podían ser triviales, pero reconstruir Mohenjo-daro no era en absoluto un logro trivial. Y el que la ciudad que habían reconstruido fuera opresiva y de aspecto siniestro carecía de importancia. Nadie era obligado a vivir en Mohenjo-daro. Su tiempo había llegado y se había ido, hacía mucho; esos pequeños transeúntes y artesanos y mercaderes de piel morena de allí abajo eran simples temporeros, meras cosas inanimadas, conjuradas a la vida como zombies para realzar la ilusión. No necesitaban su piedad. Como tampoco la necesitaba él. Se daba cuenta de que tenía que sentirse agradecido por la posibilidad de ver todas aquellas cosas. Algún día, cuando su sueño terminara y sus anfitriones lo devolvieran a su mundo de metros y ordenadores e impuestos y cadenas de televisión, pensaría en Mohenjo-daro tal como la había visto ahora, con sus altivas murallas de cuidadosamente entrelazados ladrillos bajo un pesado cielo, y solamente recordaría su belleza.

Miró hacia atrás y buscó a Belilala, y por un momento no pudo encontrarla. Luego la vio descendiendo cuidadosamente una angosta escalera adosada a la cara interior de la muralla de la ciudadela.

-¡Belilala! -llamó.

Ella se detuvo y le miró, protegiendo sus ojos del sol con una mano.

-¿Estás bien?

-¿Adonde vas?

-A los baños -respondió ella-. ¿Quieres venir?

Asintió.

-Sí. Espérame, ¿quieres? Llego en un momento. -Echó a correr hacia ella a lo largo de la muralla.

Los baños estaban pegados a la ciudadela: un gran tanque abierto del tamaño de una amplia piscina, cerrado por paredes de ladrillos unidos con mortero de yeso e impermeabilizados con asfalto, y ocho tanques más pequeños inmediatamente al norte del primero, en una especie de atrio cubierto. Supuso que en tiempos antiguos todo el complejo había tenido alguna finalidad ritual, y que el tanque grande debía ser utilizado por la gente común y las cámaras más pequeñas reservadas a las abluciones privadas de sacerdotes o nobles. Ahora los baños, al parecer, eran mantenidos

enteramente para el placer de los ciudadanos visitantes. Mientras Phillips recorría el pasadizo que conducía al baño principal vio a quince o veinte de ellos flotando o nadando lánguidamente en el agua, mientras algunos temporeros del tipo de piel morena de Mohenjo-daro les servían bebidas y raciones de olorosa carne con especias, como si se tratara de algún lujoso complejo de vacaciones. Lo cual era en realidad, se dijo. Los temporeros llevaban taparrabos de algodón blanco; los ciudadanos iban desnudos. En su vida anterior había encontrado en algunas ocasiones ese tipo de casual desnudez pública en sus visitas a California y al sur de Francia, y le había hecho sentirse ligeramente incómodo. Pero aquí estaba empezando a acostumbrarse a ello.

Los vestuarios eran pequeños cubículos de ladrillo conectados por hileras de estrechos escalones al patio que rodeaba el tanque central. Entraron en uno, y Belilala se despojó rápidamente de la suelta túnica de algodón que llevaba desde que habían llegado aquella misma mañana. Luego permaneció de pie apoyada contra la pared, con los brazos cruzados, aguardándole. Tras unos momentos, él se despojó también de sus ropas y la siguió fuera. Se sentía un poco aturdido yendo de aquel modo, desnudo, al aire libre. Camino de la zona principal de baños, pasaron junto a los baños privados. Ninguno parecía estar ocupado. Disponían de cámaras elegantemente construidas, con suelos de ladrillo finamente nivelado y desagües cuidadosamente diseñados para eliminar todo exceso de agua hacia el pasadizo que conducía al desagüe principal. Phillips se sintió admirado por la habilidad de los ingenieros prehistóricos. Miró al interior de algunas de las cámaras para ver cómo estaban dispuestos los conductos de ventilación, y cuando llegó a la última se sintió sorprendido y azarado al descubrir que estaba ocupada. Un hombre fornido, musculoso, de enorme pecho, con una exuberante melena pelirroja que le caía sobre los hombros y una llameante barba cónica cuidadosamente recortada, estaba chapoteando alegremente con dos mujeres en el pequeño tanque. Phillips tuvo un rápido atisbo de un entrelazado de brazos, piernas, pechos, nalgas.

-Disculpen -murmuró. Se sintió enrojecer. Retrocedió rápidamente, murmurando sus excusas mientras lo hacía-. No me di cuenta de que estaba ocupado..., no pretendía molestar...

Belilala le había precedido por el pasadizo. Phillips se apresuró tras ella. A sus espaldas le llegó el sonido de unas roncadas y alegres carcajadas y risitas más agudas, y más chapotear de agua. Probablemente ni siquiera se habían dado cuenta de su presencia. Se detuvo un momento, desconcertado, revisando aquel sorprendente atisbo. Algo no encajaba allí. Aquellas mujeres, estaba completamente seguro, eran ciudadanas: pequeñas criaturas álficas, esbeltas, de pelo oscuro..., el modelo estándar. ¿Pero el hombre? ¿Esa gran mata de pelo rizado? No era un ciudadano. Los ciudadanos no se dejaban crecer el pelo hasta los hombros. ¿Y pelirrojo? Como tampoco había visto nunca a un ciudadano tan fornido, tan musculoso. Ni ninguno con barba. Pero tampoco podía ser un temporero. Phillips no podía concebir ninguna razón

por la que un temporero tuviera un aspecto tan anglosajón allá en Mohenjo-daro; y era impensable que un temporero se dedicara a ese tipo de juegos con unas ciudadanas.

-¿Charles?

Alzó la vista y miró hacia delante. Belilala estaba de pie al extremo del pasadizo, silueteada contra una aureola de brillante luz solar.

-¿Charles? -dijo de nuevo-. ¿Perdiste el camino? -Estoy aquí mismo -respondió-. Ya llego. -¿A quién te encontraste ahí dentro? -A un hombre con barba. -¿Con qué?

-Con barba -repitió-. Pelo rojo que crece sobre el rostro. Me pregunto quién será.

-Nadie que yo conozca -dijo Belilala-. Al único al que conozco con pelo en el rostro eres tú. Y el tuyo es negro, y te lo afeitas cada día. -Se echó a reír-. ¡Anda, vamos! ¡He visto algunos amigos en la piscina!

Lo arrastró con ella y salieron, cogidos de la mano, al aire libre. Inmediatamente tuvieron aun camarero a su lado, un pequeño y obsequioso temporero con una bandeja con bebidas. Phillips le hizo un gesto de que se fuera y se encaminó hacia la piscina. Se sentía terriblemente expuesto: imaginó que los ciudadanos que estaban por los alrededores debían estarle mirando intensamente, estudiando su peludo y primitivo cuerpo como si fuera alguna criatura mítica, un Minotauro, un hombre lobo, traído hasta allí para divertirles. Belilala se apartó para hablar con alguien y Phillips se metió en el agua, agradecido por la ocultación que le proporcionaba. Era profunda, caliente, confortable. La recorrió de un extremo a otro con unas cuantas poderosas brazadas.

Un ciudadano elegantemente perchado al borde de la piscina le sonrió.

-¡Oh, así que al fin has venido, Charles! -Char-less. Dos sílabas. Alguien del grupo de Gioia: ¿Stengard, Hawk, Aramayne? No podía recordar quién. Eran todos tan parecidos.

Phillips le devolvió la sonrisa de una forma renuente, tentativa. Buscó algo que decir, y finalmente murmuró:

-¿Llevas mucho tiempo aquí?

-Semanas. Quizá meses. Qué espléndido logro esta ciudad, ¿eh, Charles? Una unidad tan grande de estilo, una afirmación tan poderosa de una estética obcecada...

-Sí. Obcecada es la palabra -dijo secamente Phillips.

-En realidad la palabra es de Gioia. Toda la frase es de Gioia. Sólo estaba citando.

Gioia. Sintió como si acabasen de apuñalarle.

-¿Has hablado con Gioia últimamente? -preguntó.

-En realidad no. Fue Hekna quien la vio. Recuerdas a Hekna, ¿no? -Hizo un gesto con la cabeza hacia dos mujeres desnudas de pie en la plataforma de ladrillo que bordeaba la piscina, charlando, mordisqueando delicadamente trozos de carne. Hubieran podido ser gemelas-. Ahí está Hekna, con tu Belilala. -Hekna, sí. De modo que él tenía que ser Hawk, pensó Phillips, a menos que se hubiera producido recientemente algún intercambio de parejas-. Es muy dulce tu Belilala -dijo Hawk-. Gioia eligió muy sabiamente cuando la escogió para ti.

Otra puñalada: ésta mucho más profunda.

-¿Así es como fue? -preguntó-. ¿Gioia escogió a Belilala para mí?

-¡Oh, por supuesto! -Hawk pareció sorprendido. Evidentemente, era algo que ni siquiera valía la pena mencionar-. ¿Qué pensaste? ¿Que Gioia iba a irse sencillamente así, dejándote desamparado?

-No, claro. No Gioia.

-Es muy tierna, muy gentil, ¿verdad?

-¿Quieres decir Belilala? Sí, mucho -dijo Phillips cuidadosamente-. Una mujer estupenda, maravillosa. Pero por supuesto espero poder volver a reunirme pronto con Gioia. -Hizo una pausa-. Me dijeron que vino a Mohenjo-daro casi cuando la abrieron.

-Estuvo aquí, sí.

-¿Estuvo?

-Oh, ya conoces a Gioia -dijo Hawk con tono ligero-. Ya se ha ido, naturalmente.

Phillips se inclinó hacia delante.

-Naturalmente -dijo. La tensión hizo que su voz sonara ronca-. ¿Dónde ha ido esta vez?

-A Tombuctú, creo. O a Nueva Chicago. He olvidado cuál de las dos. Nos había estado diciendo que esperaba hallarse en Tombuctú para la fiesta de clausura. Pero luego Fenimon tuvo alguna razón apremiante para ir a Nueva Chicago. No puedo recordar qué decidieron hacer al fin. -Hawk hizo un gesto triste-. De todos modos, es una lástima que abandonara Mohenjo antes de que viniera el nuevo visitante. Disfrutó

tanto de su tiempo contigo: estoy seguro de que hubiera podido aprender mucho de él.

El término no familiar hizo sonar una alarma muy profunda en la consciencia de Phillips.

-¿Visitante? -dijo, tendiendo bruscamente la cabeza hacia Hawk-. ¿A qué visitante te refieres?

-¿Todavía no lo has conocido? Oh, por supuesto: acabas de llegar.

Phillips se humedeció los labios.

-Creo que lo he visto. ¿Pelirrojo, con el pelo largo? ¿Y una barba así?

-¡Exacto! Willoughby, se llama. Es..., ¿qué?... un vikingo, un pirata, algo así. Con un tremendo vigor y fuerza. Una persona notable. Creo que tendríamos que tener más visitantes. Todo el mundo está de acuerdo en que son muy superiores a los temporeros. Hablar con un temporero es un poco como hablar contigo mismo, ¿no crees? No te proporcionan ninguna iluminación significativa. Pero un visitante, alguien como ese Willoughby..., o como tú, Charles..., un visitante puede ser realmente iluminador, un visitante puede transformar tu visión de la realidad...

-Discúlpame -dijo Phillips. Estaba sintiendo de nuevo aquella pulsación en sus sienes-. Quizá podamos proseguir esta conversación más tarde, ¿sí? -Apoyó las palmas de las manos contra los calientes ladrillos de la plataforma y se izó rápidamente fuera de la piscina-. Durante la cena, quizás, o más tarde..., ¿de acuerdo? -Se dirigió con paso rápido hacia el pasadizo que conducía a los baños privados.

Cuando entró en la parte techada de la estructura su garganta estaba seca, su respiración bruscamente agitada. Avanzó con rapidez por el pasadizo y se asomó a la pequeña cámara de baños. El hombre de la barba estaba aún allí, sentado en el tanque, el pecho muy por encima del agua y un brazo en torno a cada una de las mujeres. Sus ojos resplandecían con una fiera intensidad en la semipenumbra. Estaba sonriendo como si se sintiera maravillosamente satisfecho de sí mismo; parecía irradiar intensidad, confianza, placer.

Esperemos que sea lo que pienso que es, rogó Phillips. He estado demasiado tiempo solo entre esa gente.

-¿Puedo entrar? -preguntó.

-¡Adelante, amigo! -retumbó el hombre en el agua-. ¡Por mi palabra, entra, y tráete también a tu moza! ¡Por los dientes de Dios, quiero ver este lugar lleno con más gente de la que pueda caber en esta bañera!

Phillips captó un gran desbordamiento de alegría en aquella rugiente voz. ¡Era una voz alegremente pendenciera! ¡Qué intensa, qué llena de sensualidad, qué distinta de la de cualquier ciudadano!

¡Y esas extrañamente arcaicas palabras! ¿Por los dientes de Dios? ¿Por mi palabra? ¿Qué forma de hablar era aquella? ¡Y su dicción era pura y sonoramente isabelina! Sin lugar a dudas había algo de la ampulosidad y el fervor de Shakespeare en ella. Y pronunciada con... ¿un acento irlandés, quizá? No, no era eso; era inglés, pero inglés hablado de una forma que Phillips no había oído nunca antes.

Los ciudadanos no hablaban de esa forma. Pero un visitante sí podía.

Así que era cierto. El alivio inundó el alma de Phillips. ¡Entonces, no estaba solo! Otra reliquia de una época anterior, otro vagabundo, un amigo en el caos, un hermano en la adversidad, un compañero de viaje, llevado desde más lejos que él por las tormentas del tiempo...

El hombre de la barba sonrió amistosamente e hizo una seña con la cabeza a Phillips.

-¡Bien, únete a nosotros, únete a nosotros, hombre! ¡Es bueno ver de nuevo un rostro inglés, entre todos esos moros y toscos portugueses! ¿Pero qué has hecho con tu moza? Uno nunca tiene bastantes doncellas a su alrededor, ¿no crees?

Su fuerza y su vigor eran extraordinarios: casi excesivos. Rugía, aullaba, retumbaba. Se parecía demasiado al cliché de lo que debería ser el personaje de una vieja película de piratas, tan fanfarrón, tan real, que parecía irreal. Un actor isabelino, más vital que la vida, un joven y orgulloso Falstaff sin la barriga.

-¿Quién eres? -dijo roncamente Phillips.

-Oh, soy Francis Willoughby, hijo de Ned, de Plymouth. Antes al servicio de Su Muy Protestante Majestad, pero ahora arrancado de la manera más horrible por los poderes de la oscuridad y arrojado entre esos negros hindúes o lo que sean. ¿Y tú?

-Charles Phillips. -Tras dudar unos momentos, añadió:- Soy de Nueva York.

-¿Nueva York? ¿Qué lugar es ése? ¡Por mi fe, hombre, no lo conozco!

-Una ciudad de América.

-¡Una ciudad de América, por todos los diablos! ¡Ésa sí es una buena broma! De América dices, ¿no de la Luna, o quizá de las profundidades del mar? -Y dirigiéndose a las mujeres:- ¿Lo habéis oído? ¡Viene de una ciudad de América! Con la cara de un

inglés, aunque no sus modales, y tampoco su forma correcta de hablar. ¡Una ciudad de América! Una ciudad. Por la sangre de Dios, ¿qué voy a escuchar a continuación?

Phillips se estremeció. El asombro estaba empezando a invadirle. Era probable que aquel hombre hubiera recorrido las calles del Londres de Shakespeare. Hubiera chocado su jarra con la de Marlowe o la de Essex o la de Walter Raleigh; hubiera visto los buques de la Armada cruzar el Canal. El espíritu de Phillips se tambaleó ante aquel pensamiento. El extraño sueño en que se había visto sumergido se complicaba ahora aún más. Se sintió como un nadador agotado viéndose asaltado por una fuerte resaca, agitado, revolcado. La atmósfera caliente y cerrada de los baños estaba conduciéndole hacia el vértigo. Ya no podía haber ninguna duda. Él no era el único primitivo -el único visitante- vagando libre en aquel siglo L. Estaban realizando otros experimentos. Aferró el lado de la puerta para afirmar sus pies y dijo:

-Cuando hablas de Su Muy Protestante Majestad, te refieres a Isabel I, ¿verdad?

-¡Isabel, aja! En cuanto a lo de Primera, eso también es cierto, ¿pero por qué te molestas en nombrarla así? ¡Sólo hay una, la Primera y la Última, y por mi palabra, y Dios la guarde, no hay otra!

Phillips estudió cautelosamente al otro hombre. Sabía que tenía que ir con cautela. Un paso en falso en aquel momento y podía perder toda posibilidad de que Willoughby le tomara en serio. ¿Cuánto asombro metafísico podía llegar a absorber aquel hombre? ¿Qué sabía él, qué sabía nadie de su época, del pasado y el presente y el futuro y la noción de que de alguna forma alguien podía trasladarse de uno a otro tan fácilmente como iba de Surrey a Kent? Ésa era una idea del siglo XX como máximo, una fantástica especulación que muy probablemente nadie había tomado en consideración antes de que Wells enviara a su viajero por el tiempo a contemplar el enrojecido sol del último ocaso de la Tierra. El mundo de Willoughby era un mundo de protestantes y católicos, de reyes y reinas, de pequeños barcos que se aventuraban a mar abierto, de espadas al cinto y carros tirados por bueyes en los caminos: ese mundo le parecía a Phillips mucho más extraño y distante que este mundo de ciudadanos y temporeros. El riesgo de que Willoughby no llegara a comprenderle era grande.

Pero este hombre y él eran aliados naturales contra un mundo que nunca habían hecho. Phillips decidió correr el riesgo.

-Isabel I es la reina a la que sirves -dijo-. Habrá otra reina con su mismo nombre en Inglaterra, a su debido tiempo. De hecho, ya la ha habido.

Willoughby agitó la cabeza como un desconcertado león.

-¿Otra Isabel, dices?

-Una segunda, y no muy parecida a la primera. Mucho tiempo después de tu Reina Virgen. Reinará en lo que tú consideras tu futuro. Lo sé más allá de toda duda.

El inglés le miró y frunció el ceño.

-¿Tú ves el futuro? ¿Así que eres un adivino? ¿Un nigromante quizá? ¿O uno de los demonios que me han traído a este lugar?

-En absoluto -dijo Phillips con suavidad-. Sólo un alma perdida, como tú. -Penetró en la pequeña habitación y se acucilló al lado del tanque. Las dos mujeres ciudadanas le miraban con blanda fascinación. Las ignoró. Dirigiéndose a Willoughby, dijo:- ¿Tienes alguna idea de dónde estás?

El inglés había sospechado, con bastante aproximación, que estaba en la India.

-Creo que esa pequeña gente de aspecto morisco son de tipo hindú -dijo. Pero eso estaba tan lejos de su comprensión como lo que le había traído a él hasta allí.

No se le había ocurrido en ningún momento pensar que ya no estaba viviendo en el siglo XVI. Y por supuesto, ni siquiera había sospechado que aquella extraña y sombría ciudad de ladrillo donde se hallaba procedía de una época aún más remota que la suya. ¿Había alguna forma, se preguntó Phillips, de explicárselo?

Llevaba allí solamente tres días. Creía que habían sido los demonios quienes le habían arrastrado hasta aquel lugar.

-Vinieron a por mí mientras dormía -dijo-. Mefistófeles Satanás y sus secuaces se apoderaron de mí, sólo Dios sabe por qué, y me transportaron en un momento hasta este tórrido reino desde Inglaterra, donde reposaba entre mis amigos y mi familia. Porque tienes que comprender que me hallaba de permiso entre un viaje y el siguiente, aguardando a Drake y su barco..., ¿conoces a Drake, el glorioso Francis? ¡Por la sangre de Dios, él sí es un marino! Teníamos que ir de nuevo al Main, él y yo, pero en vez de ello aquí estoy en este otro lugar... -Willoughby se acercó a él y dijo:- Te pregunto, adivino, ¿cómo es posible que un hombre se eche a dormir en Plymouth y se despierte en la India? Es más bien extraño, ¿no?

-Lo es -dijo Phillips.

-Pero si uno está en el baile tiene que bailar, aunque lo haga a la fuerza, ¿no? O al menos eso es lo que yo creo. -Hizo un gesto hacia las dos mujeres ciudadanas-. Así que me consuelo en esta tierra pagana, y he hallado un poco de diversión entre esas mujercitas portuguesas...

-¿Portuguesas? -dijo Phillips.

-Bueno, ¿qué otra cosa pueden ser, si no portuguesas? ¿No son los portugueses quienes controlan todas estas costas de la India? Mira, la gente es de dos clases distintas aquí, los negros y los otros, los de piel más clara, los señores y dueños que se relajan aquí en estos baños. Si no son hindúes, y creo que no lo son, entonces tienen que ser portugueses. -Lanzó una carcajada y apretó a la mujer contra sí y pasó las manos por sus pechos como si fueran racimos de uvas-. ¿No es eso lo que sois, pequeñas mozuelas papistas, desvergonzadas y desnudas? Un par de portuguesas, ¿eh?

Se echaron a reír, pero no respondieron.

-No -dijo Phillips-. Esto es la India, pero no la India que crees conocer. Y esas mujeres no son portuguesas.

-¿No son portuguesas? -dijo Willoughby, desconcertado.

-No más que tú o yo. Estoy completamente seguro de ello.

Willoughby se tironeó la barba.

-Tengo que admitir que las encuentro muy extrañas para portuguesas. No he oído salir de sus labios ni una sílaba de su habla portuguesa. Y también resulta extraño que todos vayan tan desnudos como Adán y Eva en estos baños, y que me permitan entrar a saco en sus mujeres, lo cual no es la forma de actuar de los portugueses en su casa, por la omnisapiencia de Dios. Pero he pensado: esto es la India, han elegido vivir de otra forma aquí...

-No -dijo Phillips-. Te digo que no son portuguesas, ni de ningún otro pueblo de Europa que hayas conocido.

-¡Por Dios!, ¿quiénes son, entonces?

Delicadamente ahora, se advirtió Phillips. Delicadamente.

-No estaría muy equivocado pensar en ellos como en fantasmas de algún tipo..., demonios incluso -dijo-. O magos que nos han embrujado arrebatándonos de nuestros lugares en el mundo. -Hizo una pausa, buscando algún medio de compartir con Willoughby, de alguna forma que Willoughby pudiera comprender, aquel misterio que les había envuelto. Suspiró sonoramente-. Nos han arrebatado no sólo a través del mar -dijo-, sino también a través de los años. Ambos hemos sido arrastrados, tú y yo, a los días que aún tienen que venir.

Willoughby le lanzó una mirada de absoluta sorpresa.

-¿Los días que aún tienen que venir? ¿Un tiempo aún no nacido, quieres decir? ¡No comprendo absolutamente nada!

-Intenta comprenderlo. ¡Ambos somos náufragos en el mismo bote, hombre! Pero no hay ninguna forma en que podamos ayudarnos el uno al otro si no consigo hacerte ver...

Willoughby agitó la cabeza y murmuró:

-Por mi fe, buen amigo, hallo absoluta locura en tus palabras. Hoy es hoy, y mañana mañana, ¿y cómo puede un hombre caminar del uno al otro hasta que mañana se convierta en hoy?

-No tengo ni idea -dijo Phillips. La lucha interna era evidente en el rostro de Willoughby; pero también resultaba claro que no podía captar más que un nebuloso bosquejo de lo que Phillips estaba intentando decirle, como máximo-. Pero lo que sí sé -prosiguió- es que tu mundo y todo lo que estaba en él está muerto y desaparecido. Y lo mismo puedo decir del mío, aunque yo nací cuatrocientos años después de ti, en tiempos de la segunda Isabel.

Willoughby lanzó un irónico bufido.

-Cuatrocientos...

-¡Tienes que creerme!

-¡No! ¡No!

-Es la verdad. Tu tiempo es sólo historia para mí. Y el mío y el tuyo son historia para ellos..., historia antigua. Nos llaman visitantes, pero lo que somos en realidad es cautivos. -Phillips sintió un estremecimiento ante la intensidad de su esfuerzo. Era consciente ahora de lo alocado que debía sonar todo aquello para Willoughby. Estaba empezando a sonarle a locura a él también-. Nos arrebataron de nuestros respectivos tiempos, nos secuestraron como gitanos en medio de la noche...

-¡Calla, hombre! ¡Dices insensateces!

Phillips agitó la cabeza. Adelantó una mano y aferró fuertemente a Willoughby por la muñeca.

-¡Te lo suplico, escúchame! -Las mujeres ciudadanas les observaban con atención, susurrándose cosas la una a la otra, riendo quedamente-. ¡Pregúntaselo a ellas! -exclamó-. ¡Haz que te digan qué siglo es éste! ¿El XVI, dices tú? ¡Pregúntaselo!

-¿Qué siglo puede ser, si no el XVI de nuestro Señor?

-Haz que te digan que éste es el siglo L.

Willoughby le miró compasivamente.

-¡Hombre, hombre, qué lástima, alguien como tú! ¡El L, sí! -Se echó a reír-. Amigo, escúchame ahora. Sólo hay una Isabel, a salvo en su trono en Westminster. Esto es la India. El año es el 1591 de nuestro Señor. Ven conmigo, robémosles un barco a estos portugueses y volvamos a Inglaterra, y quizá tú puedas llegar incluso a tu América...

-No existe Inglaterra.

-Oh, ¿puedes decir eso y asegurar que no estás loco?

-Las ciudades y naciones que conocimos han desaparecido. Esta gente vive como magos, Francis. -Ya no tenía utilidad ocultar nada ahora, pensó sombríamente Phillips. Sabía que había perdido-. Conjurán hasta aquí lugares antiguos, y los construyen aquí y allá siguiendo sus caprichos, y cuando se cansan de ellos los destruyen y empiezan de nuevo. No existe Inglaterra. Europa está vacía, y sus costas son completamente distintas a las que conocimos. ¿Sabes cuántas ciudades hay aquí? Sólo cinco en todo el mundo. Está Alejandría en Egipto. Está Tombuctú en África. Está Nueva Chicago en América. Hay una gran ciudad en China..., en Catay, supongo que dirías tú. Y está este lugar, que ellos llaman Mohenjo-daro, y que es mucho más antiguo que Grecia, que Roma, que Babilonia.

Tranquilamente, Willoughby dijo:

-No. Esto es un absurdo. Dices que estamos en un lejano futuro, y luego dices que estamos viviendo en una ciudad de un lejano pasado.

-Sólo es un hechizo -dijo Phillips, desesperado-. Un espejismo de esa ciudad. Que esta gente ha construido de alguna manera para su diversión. Por eso mismo estamos nosotros aquí, tú y yo: para divertirles. Sólo para divertirles.

-Estás completamente loco.

-Entonces ven conmigo. Habla con los ciudadanos junto a la piscina grande. Pregúntales qué año es este; pregúntales sobre Inglaterra; pregúntales cómo has llegado hasta aquí. -Phillips aferró de nuevo la muñeca de Willoughby-, Tenemos que ser aliados. Si trabajamos juntos, quizá podamos descubrir alguna forma de salir de este lugar y...

-Suéltame, amigo.

-Por favor...

-¡Suéltame! -rugió Willoughby, y se liberó con un brusco gesto. Sus ojos ardían de ira. Se levantó del tanque, miró furioso a su alrededor, como buscando algún arma. Las mujeres ciudadanas retrocedieron, apartándose de él, aunque al mismo tiempo se sentían cautivadas por el feroz estallido del robusto hombre-. ¡Márchate, ve a una casa de locos! ¡Déjame tranquilo, loco! ¡Déjame tranquilo!

Desmoralizado, Phillips vagó por las polvorientas calles sin pavimentar de Mohenjo-daro, solo, durante horas. Su fracaso con Willoughby le había dejado hundido y melancólico: había esperado poder alinearse codo con codo junto al isabelino contra los ciudadanos, pero ahora veía que eso era imposible. Había estropeado las cosas; o, más exactamente, le había sido imposible incluso hacer ver a Willoughby la verdad de lo que decía.

Vagó bajo el intenso calor a través de las congestionadas calles, junto a las casas de techos planos y paredes lisas sin ventanas, hasta que desembocó en la amplia plaza del mercado. La vida de la ciudad giraba alocadamente a su alrededor: la pseudovida más bien, las intrincadas interacciones de los miles de temporeros que no eran más que muñecos de cuerda puestos en movimiento para proporcionar la ilusión de que la India prevédica latía todavía. Aquí los vendedores vendían pequeños y hermosos sellos de piedra tallada donde había reflejados tigres y monos y extraños animales, y las mujeres regateaban vociferantes con los artesanos para comprarles adornos de marfil, oro, cobre y bronce. Mujeres de aspecto cansado permanecían acucilladas detrás de enormes montones de vasijas de barro recién hechas, de color rosado rojizo con dibujos negros. Nadie le prestó la menor atención. Él era el extraño allí, ni ciudadano ni temporero. Ellos pertenecían a algo.

Siguió caminando, pasó junto a los enormes graneros donde los trabajadores descargaban incesantemente carros de trigo y otros trituraban el grano en enormes plataformas circulares de ladrillo. Se metió en un restaurante público atestado de gente lúgubre y silenciosa de pie codo contra codo ante estrechos mostradores de ladrillo, y recibió un trozo de pan redondo y plano, una especie de tortilla o chapatti, relleno con algún tipo de carne picada muy especiada que picó en sus labios como fuego. Luego siguió adelante, bajando por una amplia y poco pronunciada escalera de troncos hasta la parte inferior de la ciudad, donde vivía el campesinado en habitaciones como celdas apiñadas como colmenas unas contra otras.

Era una ciudad opresiva, pero no escuálida. La intensidad de la preocupación por la sanidad le asombraron: había pozos y fuentes y retretes por todas partes, y los desagües de ladrillo brotaban de cada edificio, conduciendo hasta sumideros cubiertos. En ninguna parte se veían los conductos de desagüe al aire libre y las

pestilentes zanjas que aún podían encontrarse en la India de su época. Se preguntó si la antigua Mohenjo-daro habría sido realmente tan higiénica. Quizá los ciudadanos habían rediseñado la ciudad para que encajara con sus propios ideales de limpieza. No: lo más probable era que lo que estaba viendo fuese auténtico, decidió, una función de la misma disciplina obsesiva que había dado a la ciudad su rigidez de formas. Si Mohenjo-daro hubiera sido un agujero putrefacto, lo más probable era que los ciudadanos la hubieran recreado exactamente así, y la hubieran amado por su fascinante y maloliente suciedad.

No era que hubiera observado una excesiva preocupación hacia la autenticidad por parte de los ciudadanos; y Mohenjo-daro, como las demás ciudades restauradas que había visitado, estaba llena con los habituales anacronismos casuales. Phillips vio imágenes de Shiva y Krishna aquí y allá en los muros de los edificios que supuso que eran templos, y el benigno rostro de la diosa madre Kali estaba en todas las plazas. Seguro que aquellas deidades habían surgido en la India mucho después del colapso de la civilización de Mohenjo-daro. ¿Eran indiferentes los ciudadanos a esos asuntos cronológicos? ¿U obtenían un cierto placer malsano mezclando las épocas..., una mezquita y una iglesia católica en la Alejandría griega, dioses hindúes en la prehistórica Mohenjo-daro? Quizá sus registros del pasado se habían visto contaminados con errores a lo largo de los miles de años. No le hubiera sorprendido ver banderas con las imágenes de Gandhi y Nehru siendo llevadas en procesión por las calles. Y aquí también había fantasmas y quimeras en gran número, como si los ciudadanos se despreocuparan del límite entre historia y mito; pequeños Ganesas con grandes cabezas elefantinas hundían tranquilamente sus trompas en las fuentes, una mujer con seis brazos y tres cabezas tomaba el sol en una terraza de ladrillo. ¿Por qué no? Seguramente ése era el lema de aquella gente: ¿Por qué no, por qué no, por qué no? Podían hacer todo lo que les complaciera, y lo hacían. Sin embargo, Gioia le había dicho, hacía mucho tiempo: «Los límites son muy importantes.» ¿En qué sentido, se preguntó Phillips, se limitaban a sí mismos excepto en el número de sus ciudades? ¿Había una cuota, quizás, en el número de «visitantes» que se permitían secuestrar del pasado? Hasta hoy había creído que él era el único; ahora sabía que había al menos otro; posiblemente hubiera más en otros lugares, un paso o dos por delante o detrás de él, haciendo el circuito con los ciudadanos que viajaban incesantemente desde Nueva Chicago a Chang-an y a Alejandría. Deberíamos unir nuestras fuerzas, pensó, y obligarles a enviarlos de vuelta a nuestras correspondientes épocas. ¿Obligarles? ¿Cómo? ¿Iniciar una demanda legal, quizá? ¿Hacer una manifestación por las calles? Pensó tristemente en su fracaso en hacer causa común con Willoughby. Somos aliados naturales, pensó. Juntos quizá pudiéramos haber conseguido una cierta compasión de esta gente. Pero para Willoughby le resultaba literalmente impensable el que su Buena Reina Bess y sus subditos estuvieran completamente lejos de su alcance al otro extremo de una barrera de centenares de siglos de grosor. Preferiría creer que Inglaterra estaba a tan sólo unos pocos meses de viaje rodeando el Cabo de Buena Esperanza, y que todo lo que necesitaba era apoderarse de una embarcación e izar velas en dirección a casa. Pobre Willoughby: probablemente nunca volvería a ver

su casa.

El pensamiento golpeó bruscamente a Phillips:

Tampoco tú.

Y luego:

Si pudieras volver a casa, ¿lo desearías realmente?

Una de las primeras cosas de que se había dado cuenta allí era que no sabía casi nada sustancial acerca de su anterior existencia. Su mente estaba repleta con detalles de la vida de la Nueva York del siglo XX, por supuesto; pero de sí mismo no podía decir mucho más que su nombre: Charles Phillips, y que procedía de 1984. ¿Profesión? ¿Edad? ¿Nombre de los padres? ¿Tenía esposa? ¿Hijos? ¿Un gato, un perro, hobbies? Ningún dato: nada. Posiblemente los ciudadanos habían arrancado todas aquellas cosas de su cabeza cuando lo habían traído allí, para ahorrarle el dolor de la separación. Eran capaces de esa delicadeza. Sabiendo tan poco de lo que había perdido, ¿podía decir realmente que lo añoraba? Willoughby parecía recordar mucho más de su vida anterior, y en consecuencia la añoraba más. A él le habían ahorrado aquello. ¿Por qué no quedarse allí, e ir de ciudad en ciudad, viendo todo el pasado a medida que los ciudadanos lo conjuraban y lo hacían nacer a la vida? ¿Por qué no? ¿Por qué no? De todos modos, las posibilidades eran de que no tenía ninguna otra elección.

Se abrió camino de vuelta a la ciudadela y a los baños. Se sentía un poco como un fantasma, merodeando por una ciudad de fantasmas.

Belilala no parecía haberse dado cuenta de que había estado ausente la mayor parte del día. Estaba sentada sola en la terraza de los baños, bebiendo plácidamente un brebaje lechoso que había sido espolvoreado con una especia de color oscuro. Él agitó negativamente la cabeza cuando le ofreció uno igual.

-¿Recuerdas que mencioné que vi un hombre de pelo rojo y con barba esta mañana? -dijo Phillips-. Es un visitante. Hawk me lo dijo.

-¿De veras? -preguntó Belilala.

-De una época cuatrocientos años anterior a la mía. Hablé con él. Cree que fue traído hasta aquí por demonios. -Phillips le lanzó una mirada escrutadora-. Yo también soy un visitante, ¿verdad?

-Por supuesto, amor.

-¿Y cómo fui traído yo hasta aquí? ¿Por demonios también?

Belilala sonrió, indiferente.

-Tendrás que preguntárselo a algún otro. Hawk, quizá. No he estudiado muy profundamente esas cosas.

-Entiendo. ¿Sabes si hay más visitantes aquí?

Un lánguido encogerse de hombros.

-No muchos; no, no realmente. Sólo he oído de tres o cuatro antes que tú. Puede que ahora haya otros, supongo. -Apoyó ligeramente su mano sobre la de él-. ¿Lo estás pasando bien en Mohenjo-daro, Charles?

Dejó pasar la pregunta como si no la hubiera oído.

-Le pregunté a Hawk por Gioia -dijo.

-¿Oh?

-Me dijo que ya no está aquí, que se fue a Tombuctú o a Nueva Chicago, no estaba seguro de adonde.

-Es muy probable. Como todo el mundo sabe, Gioia raras veces se queda mucho tiempo en un mismo lugar.

Phillips asintió.

-El otro día dijiste que Gioia es una efímera. Eso significa que va a envejecer y a morir, ¿no?

-Creí que habías comprendido eso, Charles.

-¿Mientras que vosotros no envejeceréis? ¿Ni Hawk, ni Stengard, ni ninguno de los demás de vuestro grupo?

-Viviremos durante tanto tiempo como queramos -dijo ella-. Pero no envejeceremos, no.

-¿Qué es lo que convierte a una persona en efímera?

-Creo que nacen así. Ausencia de algún gene, existencia de algún gene extra..., no lo sé en realidad. Es un fenómeno extremadamente raro- No se puede hacer nada para

ayudarles. El envejecimiento es muy lento. Pero no puede ser detenido.

Phillips asintió.

-Tiene que ser muy desagradable -murmuró-. Descubrir que eres una de las pocas personas que envejecen en un mundo donde todo el mundo sigue joven. No me sorprende que Gioia sea tan impaciente. No me extraña que corra de lugar en lugar. Ni que se aferrara tan rápidamente al bárbaro visitante peludo del siglo XX, que procede de una época en la que todo el mundo era efímero. ¿No dirías que ella y yo tenemos algo en común?

-En cierto modo, sí.

-Nosotros comprendemos qué significa envejecer. Comprendemos la muerte. Dime: ¿va a morir muy pronto Gioia, Belilala?

-¿Pronto? ¿Pronto? -le lanzó una mirada infantil, con los ojos muy abiertos-. ¿Qué es pronto? ¿Cómo puedo decirlo? Lo que tú piensas como pronto y lo que yo pienso como pronto no son la misma cosa, Charles. -Entonces su actitud cambió: pareció estar escuchando lo que él decía por primera vez. Suavemente, dijo-: No, no, Charles. No creo que muera muy pronto.

-Cuando me dejó en Chang-an, ¿era porque se había cansado de mí?

Belilala negó con la cabeza.

-Simplemente estaba inquieta. No tenía nada que ver contigo. Nunca se cansó de ti.

-Entonces voy a ir a buscarla. Allá donde esté: Tombuctú, Nueva Chicago... La encontraré. Gioia y yo nos pertenecemos el uno al otro.

-Quizá sí -dijo Belilala-. Sí. Sí, creo que realmente os pertenecéis. -Sonaba absolutamente imperturbada, sin acusar el rechazo, sin parecer dolida-. Tienes razón, Charles. Ve con ella. Búscala. Encuéntrala. Allá donde esté.

Habían empezado a dismantelar ya Tombuctú cuando Phillips llegó allá. Mientras estaba aún muy alto por encima de la ciudad, con su aleteador flotando encima de la polvorienta llanura tostada donde el río Níger se encontraba con las arenas del Sahara, un brotar de aguda excitación se apoderó de él mientras contemplaba los cuadrados edificios de barro de techo plano de la gran capital abandonada. Pero cuando aterrizó encontró resplandecientes robots de metálica piel hormigueando por todas partes, una auténtica horda de ellos yendo apresuradamente de un lado a otro como gigantescos insectos brillantes, desmontando completamente el lugar.

Hasta entonces no había sabido nada de los robots. Así que era de este modo como se realizaban los milagros, comprendió: un ejército de dóciles máquinas. Los imaginó apresurándose hacia allá donde eran requeridos sus servicios, surgiendo de algún estéril almacén subterráneo para juntar las piezas de Venecia o Tebas o Knossos o Houston o cualquier otro lugar que hubiera sido decidido, hasta sus más pequeños detalles, y luego, en algún momento posterior, regresando para deshacer todo lo que habían modelado. Los observó ahora, derribando diligentemente las paredes de adobe, demoliendo las pesadas puertas con sus incrustaciones metálicas, borrando con sus bulldozers el sorprendente laberinto de calles y callejuelas, barriendo completamente el mercado. En su última visita a Tombuctú aquel mercado estaba atestado con una horda de velados tuaregs y fanfarroneantes moros, negros sudaneses, mercaderes sirios de sagaces rostros, todos ellos regateando activamente la compra y la venta de camellos, caballos, mulos, placas de sal, enormes melones verdes, brazaletes de plata, espléndidos Coranes de pergamino. Todos habían desaparecido ahora, toda aquella pintoresca multitud de aceitunados temporeros. Como tampoco se veía ningún ciudadano. El polvo de la destrucción flotaba asfixiante en el aire. Uno de los robots se dirigió a Phillips y le dijo con voz seca y chirriante, como de insecto:

-No deberías estar aquí. Esta ciudad está cerrada.

Contempló la parpadeante y zumbante franja de sensores y sondas que cruzaban el resplandeciente y ahusado hocico de la criatura.

-Estoy buscando a alguien, un ciudadano que puede que haya estado aquí hace poco. Su nombre es...

-Esta ciudad está cerrada -repitió inexorable el robot.

No iban a seguir allí mucho más de una hora. No hay comida aquí, dijo el robot, ni agua, ni alojamiento. Esto ya no es un lugar. No puedes quedarte. No puedes quedarte. No puedes quedarte.

Esto ya no es un lugar.

Quizá pudiera encontrarla en Nueva Chicago, entonces. Volvió a elevarse, se dirigió hacia el noroeste por encima de la enorme soledad. La tierra a sus pies se curvaba en el brumoso horizonte, desnuda, estéril. ¿Qué habían hecho con los vestigios del mundo que había estado allí antes? ¿Habían soltado a sus resplandecientes escarabajos de metal para que lo limpiaran todo? ¿No había ruinas de auténtica antigüedad en ninguna parte? ¿Ningún rastro de Roma, ninguna huella de Jerusalén, ningún muñón de los edificios de la Quinta Avenida? Todo era desolación allá abajo: un escenario vacío, aguardando a la próxima representación. Voló en un gran arco sobre la sobresaliente joroba de África y sobre lo que suponía era la Europa meridional: el pequeño vehículo hacía todo el trabajo, dejándole a él dormir o mirar cuando

deseaba. De tanto en tanto veía otro aleteador pasar a lo lejos, una oscura y distante lágrima alada delineada contra la dura claridad del cielo. Deseó que existiera alguna forma de establecer contacto por radio con ellos, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Tampoco había nada que deseara decir; tan sólo quería oír una voz humana. Estaba absolutamente aislado. Igual podría ser el último hombre vivo sobre la Tierra. Cerró los ojos y pensó en Gioia.

-¿Así? -preguntó Phillips. En una habitación ovalada panelada en marfil sesenta pisos por encima de las suavemente resplandecientes calles de Nueva Chicago, llevó una pequeña cajita de frío plástico a su labio superior y pulsó el botón que había en su base. Oyó un sonido como de espuma, y luego un vapor azul ascendió hasta sus fosas nasales.

-Sí -dijo Cantilena-. Eso es.

Detectó un débil aroma a canela, clavo, y algo que muy bien hubiera podido ser langosta a la parrilla. Luego le golpeó un espasmo de aturdimiento, y las visiones se acumularon en su cabeza: catedrales góticas, las pirámides, el Central Park bajo una reciente nevada, las madrigueras de ladrillo de Mohenjo-daro, y otros cincuenta mil lugares, todos a la vez, una loca cabalgata a través del espacio y del tiempo. Pareció proseguir durante siglos. Pero finalmente su cabeza se aclaró y miró a su alrededor, parpadeando, dándose cuenta de que todo el proceso sólo había durado un momento. Cantilena seguía de pie a su lado. Los otros ciudadanos de la habitación -quince, veinte de ellos- apenas se habían movido. El extraño hombrecillo con la piel como de celadón junto a la pared más alejada siguió mirándole.

-¿Y bien? -preguntó Cantilena-. ¿Qué piensas?

-Increíble.

-Y. completamente auténtico. Es una verdadera droga nuevo-chicagoana. La fórmula exacta. ¿Te gustaría otra?

-No ahora -dijo Phillips, inquieto. Vaciló, y tuvo que luchar por mantener el equilibrio. Esnifar aquello tal vez no hubiera sido una buena idea, pensó.

Llevaba una semana en Nueva Chicago, o quizás eran dos, y aún sufría la peculiar desorientación que aquella ciudad despertaba siempre en él. Era la cuarta vez que venía allí, y siempre había sido igual. Nueva Chicago era la única de las ciudades reconstruidas de aquel mundo que en su encarnación original había existido después de su época. Para él era una avanzadilla del incomprensible futuro; para los ciudadanos era un simulacro más del pasado arqueológico. Esa paradoja lo llenaba de imposibles tensiones y confusión.

Lo que le había ocurrido a la vieja Chicago era algo que por supuesto le resultaba imposible descubrir. Desaparecida sin la menor huella, eso estaba claro: ni la Torre de Agua, ni Marina City, ni el Hancock Center, ni el edificio del Tribune, ni un fragmento, ni un átomo. Pero era inútil preguntar a nadie del millón largo de habitantes de Nueva Chicago acerca de su ciudad predecesora. Sólo eran temporeros; no sabían más que lo que tenían que saber, y todo lo que tenían que saber era cómo debían hacer lo que se suponía que debían hacer para crear la ilusión de que era una auténtica ciudad. No necesitaban saber historia antigua.

Como tampoco era probable que averiguara nada a través de un ciudadano, por supuesto. Los ciudadanos no parecían preocuparse demasiado por los aspectos eruditos. Phillips no tenía razones para creer que el mundo fuera algo distinto a un parque de diversiones para ellos. En algún lugar, sin embargo, tenían que existir aquellos que se habían especializado en el estudio serio de las civilizaciones perdidas del pasado..., porque, ¿cómo, de otro modo, podían ser traídas a la vida aquellas ciudades sobrenaturalmente reconstruidas?

-Los planificadores -había oído decir en una ocasión a Nissandra o Aramayne- están profundizando en sus investigaciones sobre Bizancio. -¿Pero quiénes eran los planificadores? No tenía la menor idea. Por todo lo que sabía, eran los robots. Quizá los robots fueran los auténticos dueños de toda aquella época, quienes crearan las ciudades, no primariamente para divertir a los ciudadanos, sino en su propio y diligente intento de comprender la vida del mundo que había desaparecido a su alrededor. Una loca especulación, sí; pero no carente de una cierta plausibilidad, pensó.

Se sentía oprimido por la alegría de la fiesta a todo su alrededor.

-Necesito un poco de aire -le dijo a Cantilena, y se dirigió hacia la ventana. Apenas estaba entreabierta, pero entraba algo de brisa. Miró hacia la extraña ciudad a sus pies.

Nueva Chicago no tenía nada en común con la vieja, excepto su nombre. La habían construido al menos a lo largo de la orilla occidental de un gran lago que podía ser el lago Michigan, aunque cuando lo había sobrevolado le había parecido más ancho y menos alargado que el lago que recordaba. La ciudad en sí era una filigrana de fantasía de esbeltos edificios color pastel que se alzaban en extraños ángulos, entrelazados por una tupida red de suavemente ondulados puentes. Las calles eran largos paréntesis que tocaban el lago en sus extremos norte y sur y se arqueaban graciosamente hacia el oeste en el centro. Entre cada uno de los grandes bulevares corrían una serie de carriles para transportes públicos -bruñidos vehículos-burbuja color aguamarina que se deslizaban sobre silenciosas ruedas-, y flanqueando esos carriles había lujuriantes franjas de parque. Era hermosa, sorprendente también, pero insustancial. En su conjunto parecía haber sido construida a base de rayos de sol y

seda.

Una suave voz a sus espaldas dijo:

-¿Te sientes enfermo?

Phillips miró a su alrededor. El hombre de la piel como de celadón estaba a su lado: una persona compacta, precisa, de apariencia vagamente oriental. Su tez tenía un tono curiosamente gris verdoso, distinto al de cualquier otra piel que Phillips hubiera visto nunca, y su textura era extraordinariamente lisa, como si fuera porcelana fina.

Negó con la cabeza.

-Sólo un poco mareado -dijo-. Esta ciudad siempre me da escalofríos.

-Supongo que puede llegar a ser desconcertante -respondió el hombrecillo. Su tono era como velado, las inflexiones extrañas. Había en él algo felino. Parecía fuerte, firme, casi amenazador-. Es usted un visitante, ¿no?

Phillips lo estudió unos momentos.

-Sí -dijo.

-Yo también, por supuesto.

-¿De veras?

-De veras. -El hombrecillo sonrió-. ¿Cuál es su localización? ¿Siglo XX? XXI como máximo, diría.

-Soy de 1984. 1984 D.C.

Otra sonrisa, esta vez de autosatisfacción.

-Entonces no he ido muy desencaminado. -Una brusca inclinación de cabeza-. Y'ang-Yeovil.

-¿Perdón? -dijo Phillips.

-Y'ang Yeovil. Es mi nombre. Antiguamente coronel Y'ang Yeovil, de la Tercera Sepentriada.

-¿Eso está en algún otro planeta? -preguntó Phillips, sintiéndose algo mareado.

-Oh, no, en absoluto -dijo placenteramente Y'ang Yeovil-. En este mismo mundo, se lo aseguro. Soy de origen completamente humano. Ciudadano de la República del Han Superior, nacido en la ciudad de Port Ssu. Y usted, disculpe..., ¿su nombre?...

-Lo siento. Phillips. Charles Phillips. De la ciudad de Nueva York, hace ya tiempo.

-¡Ah, Nueva York! -El rostro de Y'ang Yeovil se iluminó con un brillo de reconocimiento que desapareció rápidamente-. Nueva York... Nueva York..., sé que fue muy famosa...

Todo aquello era muy extraño, pensó Phillips. Ahora sintió una gran compasión hacia el pobre y desconcertado Francis Willoughby. Este hombre viene de un tiempo tan alejado del mío que apenas conoce Nueva York..., de hecho, debe ser un contemporáneo de la auténtica Nueva Chicago; me pregunto si encuentra fiel al original esta versión..., y sin embargo, para los ciudadanos, este Y'ang Yeovil también es sólo un primitivo, una curiosa antigüedad...

-Nueva York fue la ciudad más grande de los Estados Unidos de América -dijo Phillips.

-Por supuesto. Sí. Muy famosa.

-Pero virtualmente olvidada en tiempos de la República del Han Superior, supongo.

Y'ang Yeovil pareció incómodo. Dijo:

-Hubo alteraciones entre su época y la mía. Pero no pretendía en absoluto que a través de mis palabras tuviera usted la impresión de que su ciudad era...

En la habitación resonaron repentinas risas. Cinco o seis recién llegados se habían unido a la fiesta. Phillips miró, abrió la boca, jadeó. Seguro que aquél era Stengard..., y Aramayne a su lado..., y aquella otra mujer, medio oculta tras ellos...

-Si me disculpa un momento... -dijo Phillips, apartándose bruscamente de Y'ang Yeovil-. Por favor, perdone. Acaba de llegar alguien..., una persona que llevo intentando encontrar desde...

Corrió hacia ella.

-¿Gioia? -llamó-. ¡Gioia, soy yo! ¡Espera! ¡Espera!

Stengard le bloqueaba el camino. Aramayne, que se había vuelto para tomar un puñado de los pequeños esnifadores de Cantilena, se lo bloqueaba también. Phillips los empujó y pasó por entre ellos como si no existieran. Gioia, a medio camino hacia la puerta, se volvió y le miró como un cervatillo asustado.

-No te vayas -dijo él. Tomó su mano entre las suyas.

Se sintió sorprendido por su aspecto. ¿Cuánto hacía desde su extraña partida aquella noche de misterios en Chang-an? ¿Un año? ¿Un año y medio? Eso creía. ¿O había perdido todo rastro del tiempo? ¿Eran tan poco dignas de confianza sus percepciones del paso de los meses en aquel mundo? Parecía al menos diez o quince años más vieja. Quizá realmente lo fuera; quizá los años habían pasado para él como en un sueño, y él nunca se había dado cuenta. Parecía desgastada, ajada. Desde aquel delgado y extrañamente alterado rostro, sus ojos llamearon hacia él casi desafiantes, como diciendo: ¿Ves? ¿Ves lo fea que me he vuelto?

Él dijo:

-Te he estado buscando..., no sé durante cuanto tiempo, Gioia. En Mohenjo, en Tombuctú, ahora aquí. Quiero estar de nuevo contigo.

-Eso no es posible.

-Belilala me lo explicó todo en Mohenjo. Sé que eres una efímera..., sé lo que significa, Gioia. ¿Pero qué importa? Empiezas a envejecer un poco. ¿Y qué importa? Sólo dispones de tres o cuatrocientos años de vida, en vez de la eternidad. ¿Crees que no sé lo que significa ser un efímero? Sólo soy un simple hombre antiguo del siglo XX, ¿recuerdas? Sesenta, setenta, ochenta años es todo lo que tendremos. Tú y yo sufrimos la misma enfermedad, Gioia. Eso es lo que primero te atrajo hacia mí. Estoy seguro de ello. Por eso nos pertenecemos el uno al otro ahora. Sea cual sea el tiempo que nos queda, podemos pasarlo juntos, ¿no entiendes?

-Tú eres el que no entiende. Charles -dijo ella con suavidad.

-Quizá. Quizá siga sin entender una maldita cosa de este lugar. Excepto que tú y yo..., que te quiero..., que creo que me quieres...

-Te quiero, sí. Pero tú no comprendes. Es precisamente debido a que te quiero que tú y yo..., tú y yo no podemos...

Con un suspiro desesperanzado, deslizó su mano fuera de las de él. Phillips fue a sujetarla de nuevo, pero ella agitó negativamente la cabeza y retrocedió con rapidez hacia el pasillo.

-¿Gioia?

-Por favor -dijo ella-. No. Nunca hubiera venido aquí si hubiera sabido que estabas tú. No me sigas. Por favor. Por favor.

Se volvió y huyó.

Él se quedó mirando unos instantes, inmóvil, el lugar por el que ella había desaparecido. Cantilena y Aramayne estaban a su lado, y le sonrieron como si no hubiera ocurrido nada en absoluto. Cantilena le ofreció un frasquito lleno de algún líquido ambarino burbujeante. Él lo rechazó con un gesto brusco. ¿Dónde voy a ir ahora?, pensó. ¿Qué voy a hacer? Retrocedió de vuelta a la fiesta.

Y'ang Yeovil se deslizó a su lado.

-Está usted muy alterado -murmuró el hombrecillo.

Phillips le miró con ojos llameantes.

-Déjeme en paz.

-Quizá pueda serle de alguna ayuda.

-No hay ayuda posible -dijo Phillips. Se volvió en redondo, tomó uno de los frasquitos de una bandeja y engulló de golpe su contenido. Le hizo sentir como si hubiera dos Phillips, uno a cada lado de Y'ang Yeovil. Engulló otro. Ahora eran cuatro.

-Estoy enamorado de una ciudadana -estalló. Tuvo la impresión de estar hablando a coro.

-Amor. Ah. ¿Y ella le ama?

-Eso creí. Eso creo. Pero es una efímera. ¿Sabe usted lo que significa eso? No es inmortal como los demás. Envejece. Está empezando a parecer vieja. Y por eso ha huido de mí. No quiere que yo vea como cambia. Supongo que piensa que me horrorizará. Intenté recordarle hace un momento que yo tampoco soy inmortal, que ella y yo podemos envejecer juntos, pero ella...

-Oh, no -dijo Y'ang Yeovil suavemente-. ¿Por qué cree que usted va a envejecer? ¿Ha envejecido en el tiempo que lleva aquí?

Phillips le miró, desconcertado.

-Por supuesto que he envejecido. Yo... Yo...

-¿Ha envejecido? -Y'ang Yeovil sonrió-. Vamos. Mírese a usted mismo. -Hizo algo intrincado con sus dedos, y una zona resplandeciente, como un espejo, apareció entre ellos. Phillips contempló su propio reflejo. Un rostro juvenil le devolvió la mirada. Era cierto, entonces. Simplemente no había pensado en ello. ¿Cuántos años llevaba en

aquel mundo? El tiempo se había limitado a deslizarse silencioso a su alrededor: mucho tiempo, aunque no podía calcular cuánto. En aquel lugar no parecían llevar una cuenta detallada de su paso, ni él tampoco lo había hecho. Pero tenían que haber sido varios años, pensó. Todo aquel interminable viajar de un extremo a otro del globo, tantas ciudades que habían llegado y se habían ido, Río, Roma, Asgard, ésas eran las tres primeras que habían acudido a su mente..., y había habido otras; le costaba recordarlas todas. Años. Su rostro no había cambiado en absoluto. El tiempo había tratado con dureza a Gioia, pero no a él.

-No comprendo -dijo-. ¿Por qué no envejezco?

-Porque no es usted real -dijo Y'ang Yeovil-. ¿No se ha dado cuenta de ello?

Phillips parpadeó.

-¿No... real?

-¿Cree usted que fue arrebatado corporalmente de su tiempo? -preguntó el hombrecillo-. Oh, no, no; no tienen forma de hacer algo así. No somos auténticos viajeros por el tiempo: ni usted, ni yo, ni ninguno de los visitantes. Creí que sabía usted eso. Pero quizá su época es demasiado precoz para una auténtica comprensión de estas cosas. Estamos hechos muy hábilmente, mi querido amigo. Somos ingeniosas construcciones, maravillosamente rellenas con los pensamientos y actitudes y sucesos de nuestra propia época. Somos su más espléndido logro, ¿sabe?; mucho más complejo que cualquiera de estas ciudades. Nos hallamos un paso más allá de los temporeros..., más que un paso, mucho más. Ellos sólo hacen aquello que han recibido instrucciones de hacer, y su campo es muy limitado. En realidad no son más que máquinas. Mientras que nosotros somos autónomos. Nos movemos según nuestra propia voluntad; pensamos, hablamos, incluso, por lo que parece, nos enamoramos. Pero no envejecemos. ¿Cómo podemos envejecer? No somos reales. Somos simples entretejidos de respuestas mentales. Somos meras ilusiones, tan bien hechas que incluso nos engañamos a nosotros mismos. ¿No sabía usted eso? De veras, ¿no lo sabía?

Estaba en el aire, pulsando botones de destinos al azar. De alguna forma, se descubrió encaminándose de vuelta a Tombuctú. Esta ciudad está cerrada. Ya no es un lugar. No le importaba. ¿Por qué debería importarle nada?

La furia y una asfixiante sensación de desesperación ardían en su interior. Soy software, pensó Phillips. No soy más que software. No somos reales. Estamos hechos muy hábilmente. Somos ingeniosas construcciones. Somos meras ilusiones.

Ninguna huella de Tombuctú era visible desde el aire. De todos modos aterrizó. El gris suelo arenoso era liso, asentado, como si nunca hubiera habido nada allí. Aún

quedaban unos cuantos robots, ocupándose de los últimos detalles que requería el cierre de una ciudad. Dos de ellos avanzaron en su dirección. Enormes y blandos insectos resplandecientes de plateada piel. No eran amistosos.

-No hay ninguna ciudad aquí -dijeron-. Éste no es un lugar permitido.

-¿Permitido por quién? -No hay ninguna razón para que estés aquí. -No hay ninguna razón para que esté en ningún lugar -dijo Phillips. Los robots se agitaron, emitieron inquietos sonidos zumbantes y ominosos clics, agitaron sus antenas en todas direcciones. Parecen turbados, pensó. No parece gustarles mi actitud. Quizá esté corriendo algún riesgo de ser llevado a casa para que revisen mi software y eliminen todo lo indeseable.

-Ahora mismo me voy -les dijo-. Gracias. Muchas gracias. -Retrocedió, alejándose de ellos, y subió al aleteador. Pulsó más botones de destinos.

Nos movemos según nuestra propia voluntad; pensamos, hablamos, incluso, por lo que parece, nos enamoramos.

Aterrizó en Chang-an. Esta vez no había comité de recepción aguardándole en la Puerta de la Brillante Virtud. La ciudad parecía más grande y resplandeciente: nuevas pagodas, nuevos palacios. Parecía que era invierno: soplaban un viento frío y cortante. El cielo estaba desprovisto de nubes y brillaba de modo cegador. En las escalinatas de la Terraza de Plata encontró a Francis Willoughby, una enorme figura con magníficas ropas de brocado, con dos pequeñas y delicadas temporeras, hermosas como estatuas de jade, anidadas en sus brazos. .

-¡Milagros y maravillas! ¡El lunático está también aquí! -rugió Willoughby-. ¡Mira, mira, hemos venido a la lejana Catay, tú y yo!

No estamos en ningún lado, pensó Phillips. Somos meras ilusiones, tan bien hechas que incluso nos engañamos a nosotros mismos.

-Pareces un emperador con estas ropas, Francis -le dijo a Willoughby.

-¡Exacto, pequeño Preste Juan! -exclamó Willoughby-. ¡Como el mismísimo Tamburlaine! ¿No soy mayestático? -Dio una alegre palmada a Phillips en el hombro, un gesto amistoso que lo envió contra los escalones, tosiendo y jadeando-. ¡Volamos por los aires, como hacen las águilas, como hacen los demonios, como hacen los ángeles! ¡Volamos como los ángeles! ¡Como los ángeles! -Se acercó más, dominando a Phillips con su estatura-. Hubiera tenido que ir a Inglaterra, pero esa moza Belilala dijo que había un encantamiento sobre mí que me impedía volver a Inglaterra por el momento; así que viajamos a Catay. Dime, compañero, ¿vendrás conmigo como testigo cuando veamos Inglaterra de nuevo? ¿Jurarás que todo lo que hemos presenciado es

cierto y verídico? Porque me temo que digan que estoy loco como Marco Polo, cuando les cuente que he volado hasta Catay.

-¿Un loco respaldando las palabras de otro?-.preguntó Phillips-. ¿Qué puedo decirte? Todavía sigues pensando que puedes volver a Inglaterra, ¿verdad? -La ira brotó a la superficie, burbujeando ardiente-. Ah, Francis, Francis, ¿conoces a vuestro Shakespeare? ¿Has visto sus obras? No somos reales. No somos reales. Estamos hechos de la misma materia con que están hechos los sueños. Los dos. Eso es lo que somos. ¡Oh, mundo perfecto! ¿Qué Inglaterra? ¿Dónde? No existe Inglaterra. No existe Francis Willoughby. No existe Charles Phillips. No somos más que...

-Déjalo, Charles -le interrumpió una fría voz.

Se volvió. Belilala, con el atuendo de una emperatriz, bajaba la escalinata de la Terraza de Plata.

-Sé la verdad -dijo Phillips amargamente-. Y'ang Yeovil me lo dijo. El visitante del siglo xxv. Le vi en Nueva Chicago.

-¿Viste también a Gioia allí? -preguntó Belilala.

-Brevemente. Está mucho más vieja.

-Sí. Lo sé. Estuvo aquí recientemente.

-Y se ha marchado, supongo.

-De nuevo a Mohenjo, sí. Ve tras ella, Charles. Deja al pobre Francis solo. Le dije que te esperara. Le dije que te necesita, y que tú la necesitas.

-Muy amable de tu parte. ¿Pero de qué servirá, Belilala? Yo ni siquiera existo. Y ella va a morir.

-Tú existes. ¿Cómo puedes dudar de que existes? Sientes, ¿no?

-¿Crees que me ama?

-Sé que te ama. Ve con ella, Charles. Ve. Le dije que te aguardara en Mohenjo.

Phillips asintió torpemente. ¿Qué tenía que perder?

-Ve a ella -dijo Belilala de nuevo-. Ahora.

-Sí -dijo Phillips-. Iré ahora. -Se volvió a Willoughby-. Si alguna vez nos encontramos en

Londres, amigo, testificaré a tu favor. No temas nada. Todo irá bien, Francis.

Les dejó, y estableció el rumbo a Mohenjo-daro, medio esperando hallar a los robots desmontándola ya. Mohenjo-daro seguía aún allí, no más atractiva que antes. Fue a los baños, pensando que podría encontrar a Gioia allí. No estaba; pero encontró a Nissandra, Stengard, Fenimon.

-Ha ido a Alejandría -le dijo Fenimon-. Quiere verla una última vez, antes de que la cierren.

-Ya casi están listos para abrir Constantinopla -explicó Stengard-. La capital de Bizancio, ya sabes, la, gran ciudad junto al Cuerno de Oro. Retirarán Alejandría cuando abran Bizancio. Dicen que será maravillosa. Nos veremos allí para la inauguración, naturalmente.

-Naturalmente -dijo Phillips.

Voló a Alejandría. Se sentía débil y perdido. Toda aquella inútil locura, se dijo. No soy más que un muñeco intentando tirar de sus hilos. Pero en algún punto encima del resplandeciente seno del mar Árabe las profundas implicaciones de algo que había dicho Belilala empezaron a filtrarse en su interior, y sintió que su amargura, su rabia, su desesperación, comenzaban de pronto a abandonarle. Tú existes. ¿Cómo puedes dudar de que existes? ¿Amaría Gioia algo que no es real? Por supuesto. Por supuesto. Y'ang-Yeovil estaba equivocado: los visitantes eran algo más que meras ilusiones. De hecho, Y'ang-Yeovil había dado voz a la verdad de su condición sin comprender lo que estaba diciendo realmente: Pensamos, amamos, nos enamoramos. Sí. Ése era el núcleo de la situación. Los visitantes podían ser artificiales, pero no eran irreales. Belilala había intentado decírselo la otra noche. Sufres. Amas. Amas a Gioia. ¿Amaría Gioia algo que no es real?

Seguro que él era real, o al menos lo bastante real. Lo que era en realidad podía ser ciertamente extraño, algo que probablemente resultaría incomprensible a la gente del siglo XX a la que estaba destinado a simular. Pero eso no significaba que fuese irreal. ¿Era necesario nacer de mujer para ser real? No. No. No. Este tipo de realidad era suficiente realidad. No necesitaba sentirse avergonzado por ello. Y, al comprender eso, comprendió que Gioia no necesitaba tampoco envejecer y morir. Había una forma en que podía ser salvada, lo único que se requería era que ella la aceptara. Si quisiera...

Cuando aterrizó en Alejandría fue inmediatamente al hotel en las laderas del Paneium, donde se habían alojado en su primera visita, hacía tanto tiempo; y allí estaba ella, sentada inmóvil en un patio que dominaba el puerto y el Faro. Había algo tranquilo y resignado en la forma en que estaba sentada. Había renunciado a todo. Ni siquiera tenía fuerzas para seguir huyendo de él.

-Gioia -dijo suavemente.

Parecía más vieja que en Nueva Chicago. Su rostro estaba tenso y demacrado y sus ojos parecían hundidos; y ni siquiera se molestaba ya en luchar contra aquellos mechones blancos que destacaban en claro contraste con la negrura de su pelo. Se sentó a su lado y apoyó su mano sobre las de ella, y miró hacia los obeliscos, los palacios, los templos, el Faro. Finalmente dijo:

-Ahora sé lo que soy realmente.

-¿Lo sabes, Charles? -Sonaba muy lejana.

-En mi época lo llamábamos software. Sólo soy un conjunto de órdenes, respuestas, referencias cruzadas, actuando sobre una especie de cuerpo artificial. Es un software infinitamente mejor que el que jamás hubiera podido imaginar. Pero en mi época apenas habíamos empezado a aprender. Bombearon hasta aquí, desde el siglo XX, todos mis reflejos: los estados de ánimo, los apetitos, las irracionalidades, el tipo exacto de combatividad. Alguien sabe mucho acerca de cómo eran los hombres del siglo XX. También hicieron un buen trabajo con Willoughby, toda esa retórica y fanfarronería isabelinas. Y supongo que también construyeron bien a Y'ang-Yeovil. Él parece creerlo así: ¿quién mejor para juzgar? El siglo XXV, la República del Han Superior, gente de piel verdeamarillenta, medio chinos, medio marcianos, por lo que sé. Alguien lo sabe. Alguien aquí es muy bueno programando, Gioia.

Ella no le miraba.

-Estoy asustada, Charles -dijo, aún de aquella forma tan distante.

-¿De mí? ¿O de las cosas que estoy diciendo?

-No, no de ti. ¿No ves lo que me ha ocurrido?

-Te veo. Se han producido cambios.

-Viví mucho tiempo preguntándome cuándo se iniciarían esos cambios. Llegué a pensar incluso que tal vez no se produjeran. ¿Quién desea creer que va a volverse viejo? Pero empezó cuando estábamos en Alejandría esa primera vez. En Chang-an la cosa fue mucho peor. Y ahora..., ahora...

-Stengard me ha dicho que van a abrir muy pronto Constantinopla -dijo él bruscamente.

-¿De veras?

-¿No quieres estar allí para la inauguración?

-Me estoy volviendo vieja y fea, Charles.

-Iremos juntos a Constantinopla. Saldremos mañana, ¿eh? ¿Qué dices? Tomaremos un barco. Es un viaje corto, simplemente cruzar el Mediterráneo. ¡Camino a Bizancio! ¿Sabes?, había un poema, en mi época. Y que supongo que no ha sido olvidado, puesto que lo programaron en mí. Todos esos miles de años, y alguien recuerda aún al viejo Yeats. Los jóvenes abrazados, los pájaros en los árboles. Ven conmigo a Bizancio, Gioia.

Se encogió de hombros.

-¿Con este aspecto? ¿Volviéndome más horrible a cada hora que pasa? ¿Mientras ellos siguen eternamente jóvenes? ¿Mientras tú...? -Vaciló; su voz se quebró; guardó silencio.

-Termina la frase, Gioia.

-Por favor. Déjame sola.

-Ibas a decir: «Mientras tú sigues también eternamente joven, Charles», ¿no? Sabías desde un principio que yo no iba a cambiar nunca. Yo no lo sabía, pero tú sí.

-Sí. Lo sabía. Fingía creer que no era cierto..., que cuando yo envejeciera tú lo harías también. Fue una estupidez por mi parte. En Chang-an, cuando empecé a ver las primeras señales..., entonces me di cuenta de que no podía seguir contigo. Porque te miraría a ti, siempre joven, siempre aparentando la misma edad, y me miraría a mí, y...

-Hizo un gesto, las palmas hacia arriba-. Así que te dejé en brazos de Belilala y huí.

-Un gesto completamente innecesario, Gioia.

-Yo no lo creo así.

-Pero tú no tienes por qué envejecer. ¡No si no lo deseas!

-No seas cruel, Charles -dijo ella átonamente-. No hay forma alguna de escapar a eso.

-Sí la hay -dijo él.

-Tú no sabes nada de esas cosas.

-No mucho, no -admitió él-. Pero veo cómo puede hacerse. Quizá sea una solución obcecada y primitiva, muy propia del siglo XX, pero creo que funcionará. He estado

dándole vueltas a la idea desde que abandoné Mohenjo. Dime esto, Gioia: ¿por qué no puedes ir a ellos, a los programadores, a los artífices, a los planificadores, sean quienes sean, los que crean las ciudades y los temporeros y los visitantes, y pedirles que hagan contigo lo mismo que hicieron conmigo?

Ella alzó la vista, sorprendida.

-¿Qué estás diciendo?

-Ellos pueden reconstruir a un hombre del siglo XX a partir sólo de registros fragmentarios y convertirlo en algo plausible, ¿no? O a un isabelino, o a cualquier otro de cualquier era que decidan. Y es auténtico, es convincente. Así que, ¿por qué no pueden hacer un trabajo mucho mejor contigo? ¿Producir una Gioia tan real que incluso la Gioia original no pueda decir cuál es la diferencia? Pero una Gioia que nunca envejezca..., una Gioia construida, una Gioia programa, ¡una Gioia visitante! ¿Por qué no? Dime por qué no, Gioia.

Ella estaba temblando.

-¡Nunca he oído que se hiciera algo así!

-¿Pero no crees que es posible?

-¿Cómo puedo saberlo?

-Claro que es posible. Si pueden crear a los visitantes, también pueden tomar a un ciudadano y duplicarlo de forma que...

-Nunca se ha hecho. Estoy segura de ello. No puedo imaginar a ningún ciudadano aceptando algo así. Ceder su cuerpo..., dejar que sea convertido en..., en...

Agitó la cabeza, pero parecía un gesto de sorpresa más que de negativa.

-Seguro -dijo él-. Ceder el cuerpo. Tu cuerpo natural, tu cuerpo que envejece, se arruga, se deteriora. ¿Qué hay de horrible en ello?

Estaba muy pálida.

-Esto es una locura, Charles. No quiero volver a hablar de ello.

-A mí no me suena a locura.

-No puedes comprenderlo.

-¿De veras? Pero puedo comprender el miedo a morir. No me cuesta demasiado comprender lo que es ser uno de los pocos que envejecen en un mundo donde nadie envejece. Lo que no puedo comprender es por qué no estás dispuesta a tomar en consideración la posibilidad de...

-No -dijo ella-. Te lo digo, es una locura. Se reirían de mí.

-¿Quiénes?

-Todos mis amigos. Hawk, Stengard, Aramayne... -De nuevo se negó a mirarle-. Pueden ser muy crueles, incluso sin darse cuenta de ello. Desprecian cualquier cosa que les parezca poco agradable, cualquier cosa sudorosa y desesperada y cobarde. Los ciudadanos no hacen esas cosas, Charles. Y eso es precisamente lo que parecerá esto. Suponiendo que pueda llevarse a cabo. Se sentirán terriblemente superiores. Oh, serán dulces y amables conmigo, mi querida Gioia, qué maravilloso, Gioia, pero cuando me vuelva de espaldas se echarán a reír. Dirán las cosas más horribles sobre mí. No podría soportarlo.

-Pueden permitirse las risas -dijo Phillips-. Es fácil mostrarse valiente y frío acerca de la muerte cuando sabes que vas a vivir siempre. Estupendo para ellos; ¿pero por qué tienes que ser la única que envejezca y muera? Y además, no se van a reír. No son tan crueles como piensas. Superficiales quizá, pero no crueles. Se alegrarán de que hayas hallado una forma de salvarte. Y en último extremo se verán liberados de la carga de sentirse culpables respecto a ti, y eso les complacerá. Puedes...

-Basta -dijo ella secamente.

Se levantó, se dirigió a la barandilla del patio, miró hacia el mar. Él fue tras ella. Había velas rojas en el puerto, la luz del sol se reflejaba en los costados del Faro, los palacios de los tolomeos se destacaban blancos contra el cielo. Apoyó ligeramente su mano sobre el hombro de la mujer. Ella hizo un gesto como para apartarse, pero siguió donde estaba.

-Entonces tengo otra idea -dijo él suavemente-. Si tú no quieres ir a los planificadores, yo lo haré. Reprogramadme, les diré. Arreglad las cosas de modo que yo empiece a envejecer al mismo ritmo que ella. Así seré más auténtico, les diré, si se supone que debo representar el papel de un hombre del siglo XX. Con el transcurso de los años se irán formando arrugas en mi rostro, mi pelo se volverá blanco, caminaré un poco más lentamente..., envejeceremos juntos, Gioia. Al infierno con tus encantadores amigos inmortales, Gioia. Nos tendremos el uno al otro. No los necesitaremos.

Ella se volvió en redondo. Sus ojos estaban desorbitados por el horror.

-¿Estás hablando en serio, Charles?

-Naturalmente.

-No -murmuró ella-. No. Todo lo que me has dicho hoy es una monstruosa estupidez. ¿No te das cuenta de ello?

Él buscó su mano y la rodeó con las suyas.

-Todo lo que estoy intentando hacer es hallar alguna forma en la que tú y yo podamos...

-No digas más -murmuró ella-. Por favor. -Rápidamente, como si retrocediera ante una repentina llama, retiró su mano y se la llevó a la espalda. Aunque su rostro estaba tan sólo a unos centímetros del de ella, Phillips sintió que un enorme abismo se abría entre los dos. Se miraron el uno al otro por un momento; luego ella se volvió rápidamente hacia la derecha, pasó por su lado y echó a correr hacia la salida del patio.

La contempló marcharse, desconcertado, por el largo corredor de mármol hasta que desapareció de su vista. Era una locura seguirla, pensó. La había perdido; eso estaba claro, más allá de toda duda. Estaba aterrorizada de él. ¿Por qué causarle más angustia? Pero de alguna forma se descubrió corriendo por los salones del hotel, siguiendo el serpenteante sendero del jardín, entrando en la fresca y verde espesura del Panium. Creyó verla en el atrio del palacio de Adriano, pero cuando entró en él las salas de piedra, repletas de ecos, estaban vacías. Preguntó a un temporero que estaba barriendo la escalinata:

-¿Has visto a una mujer ir en esta dirección? -Una melancólica e inconcreta mirada fue toda su respuesta.

Phillips maldijo y se alejó.

-¿Gioia? -llamó-. ¡Espera! ¡Vuelve!

¿Era ella aquella silueta que se dirigía a la Biblioteca? Pasó corriendo junto a los sorprendidos y murmurantes bibliotecarios y por entre las estanterías, mirando por los sombríos pasillos, más allá de los montones de rollos de pergaminos con sus dobles mangos.

-¿Gioia? ¡Gioia! -Era un sacrilegio, gritar de aquella manera en aquel silencioso lugar. Pero no le importó.

Salió por una puerta lateral, bajó hasta el puerto. ¡El Faro! El terror lo abrumó. Ella podía estar ya a un centenar de pasos subiendo aquella rampa, dirigiéndose al

parapeto desde el que quizá pensara arrojarse al mar. Apartando ciudadanos y temporeros como si fueran briznas de paja, corrió al interior. Empezó a subir, sin detenerse para recuperar el aliento, pese a que sus pulmones sintéticos le chillaban pidiendo un respiro y su corazón ingeniosamente diseñado bombeaba alocado. En la primera terraza imaginó captar un atisbo de ella, pero dio toda la vuelta sin descubrirla. Adelante, arriba. Llegó hasta la cima, a la propia cámara del fanal: ningún rastro de Gioia. ¿Había saltado? ¿Había descendido por una rampa mientras él subía por la otra? Se aferró a la barandilla y miró fuera, abajo, escrutando la base del Faro, las rocas de la orilla, la calzada de acceso. Ningún rastro de Gioia. La encontraría en algún lugar, pensó. Seguiría buscando hasta que la encontrara. Bajó corriendo la rampa, llamando su nombre. Alcanzó el nivel del suelo y volvió a la carrera al centro de la ciudad. ¿Y ahora qué? ¿El templo de Poseidón? ¿La tumba de Cleopatra?

Se detuvo en medio de la calle Canopus, tambaleante, mareado.

-¿Charles? -dijo ella.

-¿Dónde estabas?

-Aquí mismo. A tu lado. -Parecía haberse materializado del aire. Su rostro no estaba en absoluto enrojecido, sus ropas no mostraban el menor signo de transpiración. ¿Había estado persiguiendo a un fantasma por toda la ciudad? Ella avanzó hacia él y tomó su mano, y dijo suave, tiernamente:

-¿Hablabas realmente en serio acerca de que ellos hicieran que envejecieses?

-Si no hay otra forma, sí.

-La otra forma es tan aterradora, Charles. . -¿Lo es?

-No puedes comprender cuánto.

-¿Más aterradora que envejecer? ¿Que morir?

-No lo sé -dijo ella-. Supongo que no. De lo único que estoy segura es de que no quiero que envejecas, Charles.

-Pero no tengo por qué hacerlo, si tú quieres. ¿Tengo que hacerlo? -la miró directamente a los ojos.

-No -dijo ella-. No tienes que hacerlo. Ninguno de los dos tiene que hacerlo.

Phillips sonrió.

-Tendríamos que irnos de aquí -dijo al cabo de un momento-. Crucemos hasta Bizancio, ¿sí, Gioia? Estaremos en Constantinopla para la inauguración. Tus amigos estarán allí. Les diremos lo que hemos decidido hacer. Ellos sabrán cómo arreglarlo. Alguien lo sabrá.

-Suenas tan extraño -dijo Gioia-. Convertirme en... ¿un visitante? ¿Un visitante en mi propio mundo?

-Eso es lo que has sido siempre.

-Sí, supongo que sí. En un cierto sentido. Pero al menos he sido real hasta ahora.

-¿Acaso yo no lo soy?

-¿Lo eres, Charles?

-Sí. Tan real como tú. Al principio me sentí furioso, cuando supe la verdad sobre mí. Pero llegué a aceptarlo. En algún lugar entre Mohenjo y aquí, me di cuenta de que no había nada reprochable en ser lo que soy. que percibo las cosas, formo ideas, saco conclusiones. Estoy muy bien diseñado, Gioia. No puedo decir la diferencia entre ser lo que soy y estar completamente vivo, y para mí eso es lo suficientemente real. Pienso, siento, experimento alegría y dolor. Soy tan real como necesito ser. Y tú lo serás también. Nunca dejarás de ser Gioia, ¿sabes? Es sólo tu cuerpo lo que desecharás, ese cuerpo que te jugó una tan mala pasada. -Acarició su mejilla con la yema de sus dedos-. Se nos dijo ya antes, hace mucho tiempo:

Una vez fuera de la naturaleza nunca debo tomar

mi forma corpórea para ninguna cosa natural,

sino esa forma como la que construyen los herreros griegos

de oro batido y oro esmaltado

para mantener a un soñoliento emperador despierto...

-¿Es el mismo poema? -preguntó ella. -El mismo poema, sí. El antiguo poema que aún no ha sido olvidado por completo. -Terminalo, Charles.

...o elaborar una rama de oro para que cante

a los señores y damas de Bizancio

lo que ha pasado, o está pasando, o ha de pasar.

-Es hermoso. ¿Qué significa?

-Que no es necesario ser mortal. Que podemos permitirnos ser reunidos en el artificio de la eternidad, que podemos ser transformados, que podemos ir más allá de la carne. Yeats no quería darlo a entender exactamente de la misma forma que nosotros, no comprendería ni una palabra de lo que estamos hablando ahora, y sin embargo..., sin embargo..., la verdad subyacente es la misma. ¡Vive, Gioia! ¡Conmigo! -Se volvió hacia ella y vio que el color ascendía a sus pálidas mejillas-. Lo que estoy sugiriendo tiene sentido, ¿no? Lo intentarás, ¿verdad? Cualquier cosa que sea lo que crea a los visitantes, puede ser empleado para remodelarte a ti. ¿Correcto? ¿Qué crees? ¿Pueden hacerlo, Gioia?

Asintió, de forma casi imperceptible.

-Creo que sí -dijo débilmente-. Es muy extraño. Pero creo que puede llegar a ser posible. ¿Por qué no, Charles? ¿Por qué no?

-Sí -dijo él-. ¿Por qué no?

Por la mañana alquilaron un pequeño barco en el puerto, una embarcación baja y esbelta con una vela rojo sangre, manejada por un temporero de aspecto truhanesco cuya sonrisa era irresistible. Phillips protegió sus ojos con una mano y miró hacia el norte a través del mar. Casi creyó poder distinguir la silueta de la gran ciudad extendiéndose sobre sus siete colinas, la Nueva Roma de Constantino junto al Cuerno de Oro, el enorme domo de Hagia Sofía, las oscuras murallas de la ciudadela, los palacios y las iglesias, el Hipódromo, Cristo alzándose gloriosamente sobre todo lo demás en un brillante mosaico reflejando hacia todos lados la luz.

-Bizancio -dijo Phillips-. Llévanos hasta allí por el camino más corto y más rápido.

-Con placer -dijo el barquero, con una inesperada obsequiosidad.

Gioia sonrió. Phillips no la había visto tan vibrantemente viva desde la noche de la fiesta imperial en Chan-ang. Buscó su mano -sus finos dedos temblaban ligeramente-, y la ayudó a subir a la embarcación.